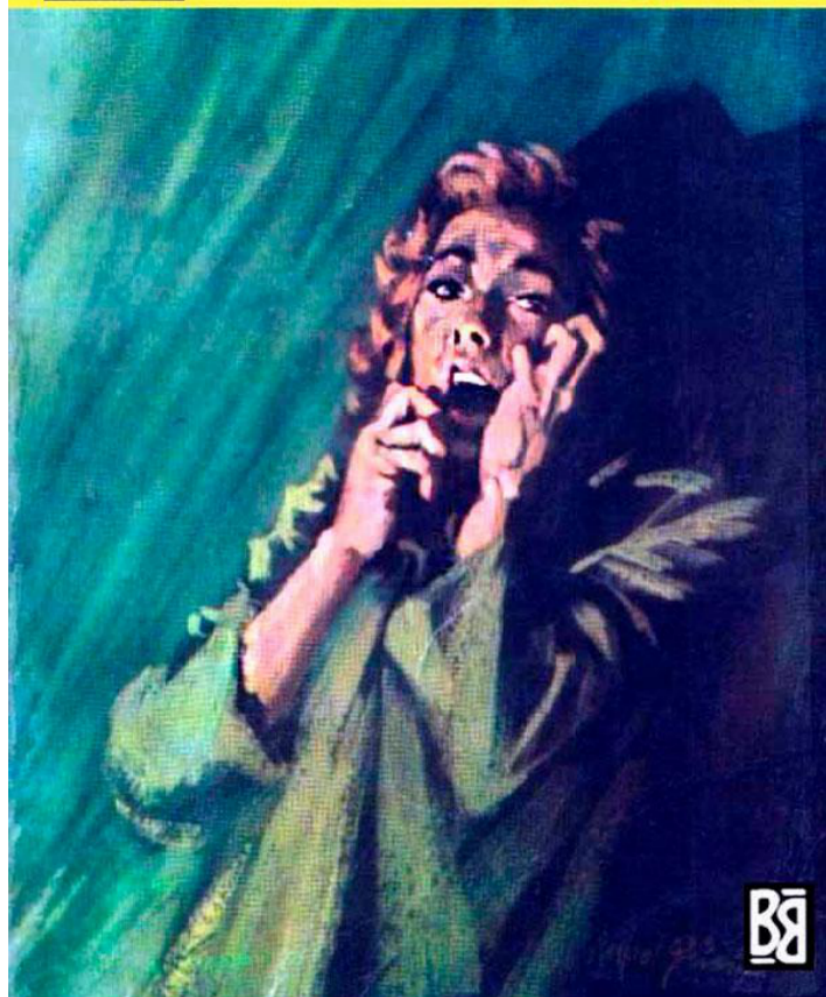


PUNTO

ROJO

mercaderes de la muerte

all regaldie



BB

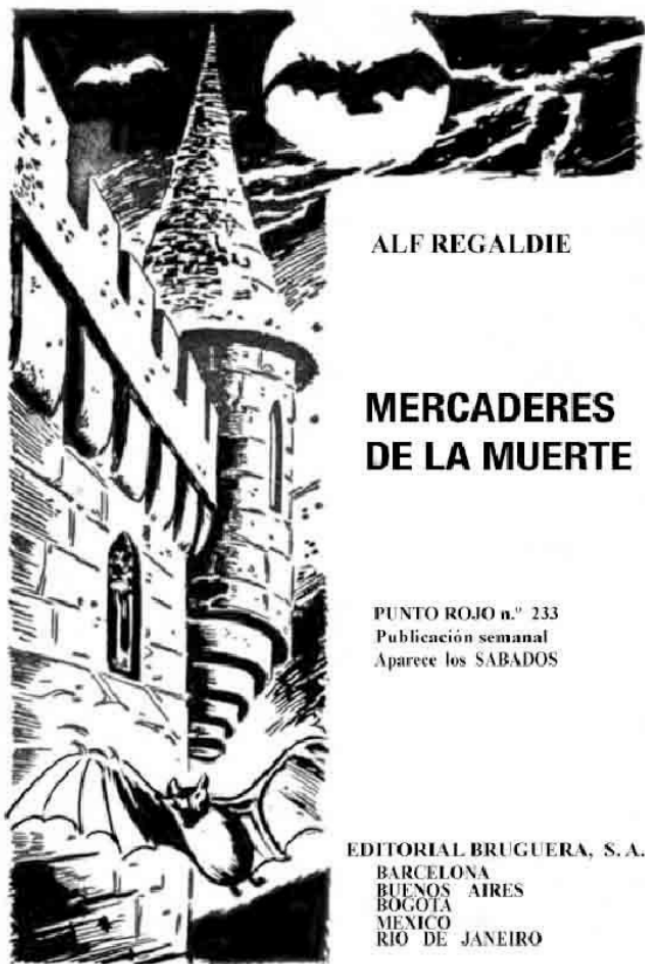
MERCADERES DE LA MUERTE

JIMMY BAKERS



DORIS
SHAW





ALF REGALDIE

MERCADERES DE LA MUERTE

PUNTO ROJO n.º 233

Publicación semanal

Aparece los SABADOS

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

BARCELONA

BUENOS AIRES

BOGOTA

MEXICO

RIO DE JANEIRO



Dépósito legal: B 25.496 - 1966

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: octubre 1966

© ALF REGALDIE - 1966
sobre la parte literaria

© RAFAEL GRIERA - 1966
sobre la cubierta

© COSTA Y ORTEGA - 1966
sobre las ilustraciones interiores

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1966

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

CAPÍTULO PRIMERO

Palabra que yo no tenía lío alguno con Donna Kent pese a lo que la gente chismosa pudiese pensar.

Una buena amistad, eso sí.

La carrera de bailarina de Donna se había visto truncada años atrás por la bestialidad. La había alcanzado una ráfaga de ametralladora cuando ella se retiraba tranquilamente a casa una noche, al salir del teatro.

Dos, pandas de indeseables se habían encontrado, se habían enfrentado... Y lo pagó la chica.

Curó, aunque le había quedado una ligera cojera. Y no había podido volver a bailar.

Estuvo magníficamente atendida en el hospital. No le faltó detalle; ni siquiera flores todos los días.

Alguien la cuidó sin dejarse ver, desde la sombra. Se enteró de sus caprichos; y se cuidó de satisfacerlos.

La administración del hospital recibió dinero por adelantado, con cierta regularidad, destinado a que no le faltase nada a Donna. Jamás llegó a agotarse el dinero.

Ella pensó en principio que podía ser alguno de los *gangsters*, arrepentido del hecho.

Pensó también en que podía ser un admirador.

Quien fuese, admirador o *gangster* arrepentido —difícil de tragar esto último—, lo cierto era que habían truncado su carrera y que no la podían volver al escenario.

Cuando salió del hospital se encontró con el dilema. ¿De qué iba a subsistir? Tendría que colocarse; pero ¿cómo? ¿En dónde?

Yo no creo en las casualidades, pero... A los dos días de su salida del hospital apareció en determinado periódico, un anuncio.

El periódico era el que leía ella. El anuncio era de una casa de modas bien conocida que solicitaba una mujer joven y atractiva

para encargarse de supervisar los modelos y de presentarlos.

Exigían unas determinadas cualidades que encajaban perfectamente en las que poseía Donna. Sólo faltaba que el anuncio dijese que debía llamarse precisamente de tal manera.

Donna se llevó el puesto entre cincuenta y siete aspirantes.

Lo sé bien porque yo trabajaba precisamente en la tal firma de modas, de la que posiblemente habrán oído hablar: «Wayne y Wayne, Sociedad Limitada».

La verdad era que no había más que un Wayne: William Wayne; pero él decía que valía por dos.

La sociedad limitada la formaba él mismo y se limitaba a él. Aunque tal vez había permitido que pusiese algún dinero algunos de los más íntimos colaboradores, rastreros y chivatos en su mayoría.

Me alegré de que Donna se llevase la plaza. Era una dulce y linda mujer de preciosa figura y maravillosos ojos.

Nos hicimos buenos amigos Donna y yo. Pero ni entonces ni después hemos pasado de ahí, y que cada cual piense lo que quiera.

Un día estuve a punto de aplastarle la cabeza a uno de los chivatos de Wayne. Libró con unos golpes.

Era bastante, no vayan a creer. Porque yo pego duro.

Más tarde comprendí que Donna había cedido al asedio de Wayne. Me dieron ganas de machacarle la cabeza al jefe; pero me aguanté. A fin de cuentas Donna era va mayorcita, no podía haber engaño.

Pasó algún tiempo. Wayne comenzó a fijarse en otra chica. Era Doris Shaw, su secretaria. Una rubia imponente, muy traviesa y muy bien de todo. Me han entendido, ¿verdad?

Doris era algo más joven que Donna y no era Wayne el único que se había fijado en ella.

Entre los que se habían fijado estaba yo. Doris me gustaba. Y yo recibí en más de una ocasión la impresión de que no le disgustaba a ella.

Me lo confirmó en un baile en el cual coincidimos. ¡Qué noche aquélla! Sudo aún, de recordarlo.

Pocos días después Wayne me echaba, pretextando que yo metía la nariz en todo. En lo que me importaba y en lo que no me importaba.

Aún tenía extendido el índice de su derecha señalando la puerta, cuando yo le había colocado ya dos duros golpes que lo hicieron doblar.

Y rematé con el golpe del conejo.

Doris gritó y me llamó bestia. Pero adiviné que en el fondo se alegraba. La chica hizo aquello para la galería.

Tuve que zurrar a dos de los perros guardianes de Wayne, dos púgiles fracasados que andaban por los noventa kilos.

Pero yo no me quedaba muy atrás y no fue difícil.

Ya estaba en la calle.

Teniendo el empleo no podía pensar en el matrimonio. El sueldo me bastaba para vestir decentemente, alimentarme y pagar mis estudios de leyes, que estaba terminando. Pero nada más.

Y las mujeres consumen lo suyo.

Tuve que jugar al «*rugby*» como profesional, en el equipo de la Universidad, para poder subsistir y terminar la carrera.

La amistad con Donna continuó. Ella me necesitaba, era desgraciada.

Mis relaciones con Doris eran más bien borrascosas. Era una manera de quererse un poco a lo bestia.

En aquellos días me ofrecieron dos peleas como pugilista si me decidía a entrar en el campo profesional. Había actuado dos años como aficionado y me podían dar la licencia profesional.

No quise aceptar las peleas. El mundillo del boxeo estaba demasiado podrido. Y yo tenía mi vida bastante complicada y presentía que se me iba a complicar más.

Yo tenía un pequeño y limpio apartamento, independiente, con todas las comodidades. Estaba un poco alto. Un décimo piso con ascensor.

Además, recibía pocas visitas.

Cuando fallaba el ascensor por falta de energía o por alguna huelga, me divertía subiendo a pie. Cronometraba siempre y hacia la carrera en menos tiempo que el ascensor.

Y no me cansaba demasiado. Temo que dentro de veinticinco o treinta años no podré decir lo mismo.

En fin. Yo había hecho una cena ligera aquella noche, allí mismo, en mi apartamento.

Salía más barato, resultaba más sabrosa y no echaba grasas

perjudiciales para mi ruda profesión.

Las cenas ligeras resultan muy higiénicas. Y con esa idea uno se disculpa ante sí mismo de —no digamos pasar hambre— pero sí de no comer todo lo que comería.

Repiqueó el timbre del teléfono. Según un amigo, convenía tener teléfono. Su mantenimiento significaba aproximadamente un par de huevos al plato que dejaba uno de comer cada día. No era demasiado.

El fumar cuesta más caro y resultaba más nocivo. Porque el teléfono, a veces...

Era Donna. Y su voz sonó angustiada y dolorida a la vez:

—¡Jim! Tengo que hablar contigo... Ha de ser ahora mismo.

—¿En dónde quieres que te recoja?

—Iré yo ahí. Sucede algo terrible. Willy...

Lo mismo que me llamaba por el diminutivo, llamaba a sí mismo a Wayne.

Me quedé aguardando a que dijese algo.

Sonó luego su voz más agitada para decir:

—¡Es preciso que cuelgue! ¡Voy enseguida!

No dijo más y oí el ruido que hacía el teléfono a la otra parte al ser cortada la comunicación.

Ella conocía mi apartamento, pero no había estado jamás en él.

A fin de cuentas era una mujer atractiva y a veces el exceso de intimidad trae cosas de las que luego se tienen que arrepentir.

Dominé la impaciencia natural de la espera. No quise hacer cábalas, preferí no pensar.

Los minutos pasaron con lentitud desesperante; pero pasaron y al fin repiqueó el timbre del teléfono interior.

Descolgué.

—¿Sí?

—¿Eres tú, Jim? Subo...

Volvió a cortar la comunicación.

Yo, sin prisa, me dirigí a la puerta del apartamento. Abrí.

El ascensor iba en plan de descenso. Sobraba tiempo.

Se detuvo bastante rato abajo y al fin comenzó a ascender.

Subió directamente hasta mi piso, sin escalas, en vuelo directo.

Se detuvo, pero no se abrió la puerta.

Me dirigí a ella. Abrí la primera; abrí seguidamente la segunda...

Y el cuerpo de Donna se me vino encima.

Tuve la sensación de que estaba muerta y me apresuré a recogerla antes de que chocase contra el suelo.

Y luego la dejé caer suavemente.

Tomé uno de sus antebrazos para comprobar el pulso. No lo encontré.

El corazón daba la impresión también de haber entrado en el inmovilismo más absoluto.

Era arriesgado recogerla para meterla en mi departamento. Sin embargo decidí correr el riesgo. No podía dejarla allí.

En aquel momento intuí la trampa y me dispuse a luchar.

Salté y descubrí a dos fulanos que avanzaban por uno de los lados.

Les atacué lanzándome en salto felino con la cabeza por delante, como quien hace un placaje de «rugby».

Les sorprendió mi ataque y uno de los fulanos rodaba décimas de segundo después, aullando de dolor, sin fuerzas, víctima de un recio cabezazo que le propiné y que por milagro no le reventó el estómago.

No me estuve quieto. Sabía que podía resultarme fatal.

Y tras derribar al fulano di una voltereta circense, quedando de pie.

Había desconcertado al otro individuo, el cual al ver caer a su compinche, desenfundaba un cuchillo automático.

No le di tiempo a emplearlo. Un puntapié a la barbilla lo hizo trastabillar medio aturdido.

Saltó el cuchillo por el aire mientras él braceaba tratando de recobrar el equilibrio.

No permití que se recobrara. Le golpeé brutalmente y el individuo se desplomó después de poner los ojos en blanco de forma cómica.

Y en el mismo momento recibí yo en la cabeza un golpe que hizo tambalear mis piernas.

Me revolví con furia aunque me faltaban las fuerzas necesarias.

Tenía ante mí a tres individuos que me golpearon con saña.

Intenté devolver golpe por golpe pero ellos eran demasiados, y podían más que yo.

Un golpe en un ojo me obligó a cerrar éste.

Sentí que me reventaban los labios y me sangraba la nariz.

Un golpe al estómago me obligó a doblarme hacia adelante.

Asesté un puntapié salvaje a uno de mis enemigos que falló un golpe, pero me dedicó un insulto que prefiero no transcribir. El fulano aquel no tenía educación.

Sin fuerzas casi me lancé de cabeza contra otro de mis atacantes.

Rodamos los dos. El aulló de dolor, pero yo me había quedado sin fuerzas a causa de los golpes.

Casi no sentía ya el dolor. Pero sé que aún recibí otro golpe en un costado. Luego me dieron otro por debajo de una oreja y quedé sin sentido.

Al menos no recuerdo ya nada más hasta que volví en mí.

Y cuando volví en mí estaba en mi apartamento, tendido en la cama.

Como entre nubes me pareció descubrir a la rubia Doris Shaw. De pronto su cabeza comenzó a girar y llegué a ver hasta cinco a la vez. Demasiadas.

Cerré los ojos.

Tal vez transcurrieron unos minutos. Ella me prodigaba toda serie de cuidados y llegué a sentirme mejor.

También ella lo debió considerar así porque la rubia comenzó a despotricar contra el «rugby».

Abrí los ojos y la miré. Mi rostro debía reflejar el mayor asombro.

—¡Sí, eres un salvaje! Tú y todos los que jugáis a ese endiablado «rugby». Deberían prohibirlo.

Mi cerebro no funcionaba bien. No terminaba de comprenderla.

Pregunté:

—¿Y Donna?

—¿Qué me importa Donna? ¿Es que te ha sorbido el seso?

—Sabes que no. Es desgraciada y es una buena amiga.

—¡Fíate de las mujercitas desgraciadas y verás lo que te pasa!
¡Peor que en el «rugby»!

—Estaba muerta.

—¿Y a mí que me impor...? —comenzó a preguntar airadamente.

Se interrumpió para preguntar:

—¿De qué está hablando? La vi hace dos horas, tal vez tres y

estaba perfectamente. Acaso un poco desquiciada. Esa chica terminará mal.

Señalé en dirección a la puerta y dije:

—Estaba muerta, ahí, a la puerta del ascensor.

—¡Dios mío! Los golpes te han debido volver los sesos del revés. Y ya es hora de que vuelvas en ti...

—Yo caí junto a ella...

—¿Qué has caído junto...? No sabes lo que dices, muchacho. Si sigues así, me largo.

Se puso en pie.

Me mantuve silencioso, esforzándome en pensar. A mí me dolía la cabeza. Algo no funcionaba bien.

Cautelosamente le pregunté:

—¿Qué ha sucedido? Los golpes me han descentrado.

—¡Que iba a suceder! Tuvieron que retirarte en camilla en el partido de esta tarde. Y te trajeron aquí tus propios compañeros. No se esmeraron demasiado en atenderte, ésa es la verdad.

O yo estaba loco o aquella tarde no había habido tal partido.

Y se lo dije a la rubia.

—No hubo partido hoy.

—¿No? Yo misma he visto cuando lo transmitían por televisión.

—De acuerdo. Pero eran otros equipos no era el mío. No he jugado... ¿Cómo me has encontrado? —pregunté.

—Estabas en aquel sofá. Te habían caído los esparadrapos que te habían puesto...

—¿Viniste por tu cuenta?

—Sí... Tenía ganas de verte para que me llevases a bailar. ¡Menudo baile!

—Puedes bailar para mí. La danza de los siete velos.

—¡Ni hablar de eso! No podrías soportarla. Has quedado muy fatigado, encanto.

—¿No viste a nadie cuando llegaste?

—Si te refieres a Donna, muerta, no. No la vi. De verla viva rondando por aquí, es posible que la hubiese matado yo.

Permanecí silencioso, tratando de coordinar.

¿Me habían dejado por muerto? ¿O solamente se habían limitado a cortar mi amistad con Donna de aquella forma? ¿Estaba muerta o viva? ¿Truco o realidad?

No podía responderme a todas aquellas preguntas.

Pero tenía algo claro. Sabía perfectamente a quién debía la paliza que había recibido.

Me hice una nueva pregunta: ¿Qué tenía que decirme Donna? ¿Qué podía ser aquello terrible que sucedía?

Visto que la rubia no estaba dispuesta a bailar la danza de los siete velos para mí, fingí que me dormía.

Ella aguantó a mi lado más de dos horas espiando mis reacciones. Fingí despertarme y me administró un ponche.

Yo iba recobrando fuerzas. No era que necesitase muchas para lo que iba a realizar, pero bueno era ir haciendo acopio de ellas.

Cuando Doris marchó yo me encontraba muy mejorado, fingiendo dormir.

Aún vibraba en el aire el ruido del portazo que había dado, cuando me levanté de la cama.

CAPÍTULO II

Los cuidados de Doris, el reposo y las cuatro horas largas transcurridas desde que habían descargado sobre mí su saña los «gorilas», no habían sido suficientes para borrar de mi rostro las huellas que habían dejado en él.

Para mí, conocedor de entradas y salidas, no resultó difícil llegar hasta el amplio apartamento que ocupaba William Wayne en el mismo edificio en donde tenía sus almacenes y oficinas.

A Wayne le gustaban bastante las mujeres, a las mujeres los espejos y como consecuencia lógica en el apartamento del fulano había bastantes espejos distribuidos estratégicamente para que las visitas femeninas se pudiesen ver bien apenas lo desearan.

Yo me vi en varios de ellos sin pretenderlo ni desearlo. La verdad es que mi cara no había quedado como para asistir a un concurso de belleza...

Pero yo no iba a uno de tales concursos.

Wayne terminaba su tarea en el momento en que yo penetré en su pequeña oficina particular.

Se había puesto de pie y le sorprendió bastante verme.

En otras circunstancias se habría echado a reír al ver mi rostro. En aquéllas dio la sensación de que se le atragantaba algo.

Intentó echar mano a un arma, pero le advertí:

—Cuidado, porque le mataré sin compasión alguna.

No había jactancia y él, que no era tonto, lo comprendió.

Mi antiguo jefe y yo andábamos por el estilo de corpulencia. El pesaría de cuatro a cinco kilogramos más que yo. Era su ventaja.

La mía estribaba en mi juventud y en mi entrenamiento deportivo.

Aquello habría podido equilibrar la balanza, de no haber recibido yo lo que había recibido.

Pero ¿quién dijo miedo?

—Si no se larga inmediatamente llamo a la policía. Esto es un allanamiento de morada.

—Si intenta llamar a la policía, le machaco —respondí yo.

No había lugar a dudas.

Él me miró sorprendido y dijo:

—Usted debe sufrir algún error...

—No.

—Podría volver a colocarle, si es lo que desea. Le aumentaría el sueldo y no me importaría que usted y Doris tonteasen un poco por aquí dentro.

—Cerdo... —le escupí al rostro.

—Bueno, no es usted muy amable —me dijo con mundana expresión, queriendo mostrarse comprensivo.

—No tengo el mínimo interés. ¿En dónde está Donna?

—¿Es por ahí?

—Supongo que estará en su apartamento.

—Usted la ha hecho asesinar, granuja.

—¿Usted cree? En tal caso ahí tiene el teléfono. Denúncieme a la policía. Pero ya sabe. Si no se encuentra el cadáver no me pueden condenar. Y si la encuentran a ella viva le condenarán a usted por difamación; eso aparte del espantoso ridículo que correrá.

Él era un buen actor, accionaba con naturalidad a la vez que hablaba, y se movía en pequeños desplazamientos, tratando de distraerme y de salirse de mi alcance.

Yo accioné también, con menos clase que él, pero con cierta efectividad y sus maniobras fueron quedando contrarrestadas una por una.

En uno de los movimientos me excedí y quedó tan al alcance de mi mano que no pude resistir a la tentación.

Le estrellé el puño izquierdo a la altura del hígado. Giró al golpe, quedó al alcance de mi derecha y le coloqué un duro golpe cruzado en el costado izquierdo.

Se puso amarillo, se dobló hacia delante a punto de caer, quedándose sin respiración.

Bondadoso por naturaleza adelanté mi puño izquierdo y se lo coloqué debajo de la barbilla para evitar que cayese. Pensé que se podía hacer daño, y yo debía dudarlo.

Quería ser yo quien se lo hiciese.

—Hay que ser fuertes ante la adversidad —le dije.

Por la mirada que me dirigió estoy seguro de que me habría asesinado de poder. Era menos inteligente de lo que yo había imaginado.

Yo llevaba preparado un bonito discurso, pero se me había olvidado. Y me limité a decir:

—Ustedes lo atropellan todo, Wayne. Y yo tengo **lo** mío de bestia. No me dejo atropellar fácilmente. ¿Entendido?

—Sí... —respondió arrastrando mucho la sílaba.

—Cuando temen que alguien les puede fastidiar lo muelen a palos para atemorizarlo. Eso si no lo matan.

—No sé nada de eso...

—Nadie confiesa una cosa así, está claro. Y yo no espero una confesión suya. Pero le voy a dar lo bastante como para que no emplee conmigo ciertos procedimientos...

No dio su aprobación, ni yo la esperé tampoco.

Sin embargo, comencé a golpear.

Lo hice concienzudamente, tal como habían hecho los «gorilas» conmigo.

Comencé por golpes semejantes a los que ellos me habían acertado y no me detuvo que Wayne gimiese primero y que cayese al suelo después.

Tenía bastante presente, por lo que había visto en los espejos, las deformaciones que había sufrido mi rostro.

Y se las hice a él en un todo semejantes.

No me ensañé. Cobré fríamente lo que había pagado. Ojo por ojo y diente por diente.

Wayne también se quedó dormido.

Y yo aproveché para llamar por teléfono al apartamento de Donna.

No me respondieron.

Miré despectivamente a Wayne y le di una buena propina. Un puntapié en un costado.

Minutos después respiraba al aire libre, un aire todo lo puro que se puede respirar en Nueva York, por la amplia Quinta Avenida, cerca del Central Park.

Donna no había estado jamás en mi apartamento; pero yo sí

había estado en el de ella en un par de ocasiones.

Y sabía cómo podía entrar fácilmente, sin tener que violentar nada.

Me lo había dicho ella.

Donna lo usaba por si alguna vez olvidaba las llaves, cosa que en los últimos tiempos le había sucedido con cierta frecuencia.

Me sorprendió descubrir cierto desorden en el lugar, algo que no concordaba con el carácter de la exbailarina.

Naturalmente, ella parecía desquiciada últimamente, y en tales casos las personas suelen hacerse descuidadas.

Pero yo recibí el tufo de que no era simple descuido de Donna. Allí habían registrado, y aunque lo habían hecho con cierto orden y limpieza, se notaba.

Algo que no me gustó.

En el tocador, entre sus potingues de belleza, vi algo que me hizo saltar.

Era un envase de una droga: El ácido «Lysergico-dietilamida 25», conocido por la sigla «LSD».

Era la nueva droga que venía a sustituir a las que se podían llamar clásicas.

El «LSD» se vende abiertamente, con fines medicinales. Muchos estudiantes lo utilizan en la creencia de que aviva la inteligencia, por la excitación que produce.

La puede avivar tomándola en dosis muy pequeñas; pero es muy peligrosa. Se emplea como curativo para neuróticos, obsesos y maníacos.

Pero en las personas sanas puede producir y produce de hecho la locura. Desgraciadamente se han dado ya demasiados casos.

¿Qué hacía allí el envase del «LSD»?

¿Donna se había hecho una habitual de la droga? No podía creerlo. Ella no tenía motivos para intentar avivar su inteligencia, aumentar su memoria, por aquel medio.

Que yo supiera ella no era una neurótica, una maníaca... Así pues el uso de la droga no podía estar justificado.

Ella, desde que había salido del hospital curada de sus heridas, no había sido examinada por ningún médico. Al menos, habíamos hablado hacía poco de tal cosa y me lo había dicho así.

Y no tenía motivos para mentirme.

Me sentí desconcertado. Mi única satisfacción hasta el momento era la de haber propinado la tanda de golpes a Wayne. Y eso era muy poca cosa.

Examiné una cartulina en la que se hallaban inscritos los teléfonos más usados por Donna.

Después del nombre y antes del número y dirección, estaba cuidadosamente anotado si se trataba de una amistad, de un proveedor.

Ninguno correspondía a un médico.

Estaban dos de los teléfonos de William Wayne.

Me dieron ganas de llamar al de su apartamento particular para preguntarle cómo se encontraba.

Pero desistí y llamé al de Doris Shaw. Necesitaba hablar con alguien que fuese amigo. Y Doris servía. ¡Vaya si servía!

Por otra parte, me interesaba saber si se había retirado, tal como me había dicho o se había ido de fiesta.

Estaba en su apartamento.

Le dije que yo era Abraham Lincoln, pero no me quiso creer. Me dijo que ella sabía perfectamente que Lincoln había sido asesinado hacía aproximadamente un siglo.

Le dije entonces que yo era un loco fugado de una casa de salud.

No creyó más que la primera parte; pero ya era bastante.

—Necesito hablar contigo, rubia.

—Es lo que estás haciendo —me respondió.

Era traviesa de verdad. Y tenía razón.

—De vis a vis, Doris. Voy a verte...

—¡Ni hablar del asunto!

—Eso quiere decir que tienes visita...

—Merecías que la tuviese...

—Entonces, voy. Es muy urgente...

—¿Te has vuelto loco?

—¿No habíamos quedado en ello? —pregunté a mi vez—. Voy para ahí.

Lo dije en tono imperativo y corté la comunicación.

Yo estaba más cerca de lo que podía imaginar ella. A pesar de ello, la encontré bien preparada. Se había embutido en ropa para evitar tentaciones y también porque hacía más bien frío y la calefacción de su apartamento funcionaba mal.

Se asombró de encontrarme tan repuesto.

Y también de que no intentase abrazarla siquiera.

E inmediatamente comprendió que sucedía algo grave.

Preguntó:

—¿Es que la han matado?

—No creo. No me atrevo a decir que lo que le haya podido suceder sea peor. Pero no creas que le falta mucho.

—¿Quieres una taza de café? A mí no me quita el sueño; y más bien tengo frío. Estoy cansada y tengo que levantarme pronto. El jefe es un tirano —aseguró.

—Vaya por el café... —aprobé.

Luego, casi sin transición, le pregunté:

—¿Sabes si Wayne tiene algún amigo siquiatra?

—Sí.

—¿Más de uno? —pregunté un poco desconcertado.

—Conoce a más de uno. Amistad, o trato, si lo prefieres, con uno.

—¿Se trata Wayne?

—Puede que sí, aunque no te lo puedo asegurar.

—¿Acude Wayne al médico o es éste quien visita a Wayne?

—Es Wayne quien va a verle. Sé que le recibe cuando no es hora de consulta. Yo he concertado las entrevistas algunas veces.

—¿Quién es el médico?

—Harry Young...

Me dio dirección y dos números de teléfono. El de la casa particular, en donde tenía un gabinete de consulta, y el de la clínica a la que llevaba sus enfermos, los que debían ser internados.

—¿Este sanatorio es propiedad de Young? —pregunté.

—No. Tengo entendido que es de una sociedad. Hay algunos médicos en ella, aunque no aportaron todo el capital. Y cada siquiatra tiene allí sus enfermos y sus horas de consulta.

La rubia, al llegar ahí frunció el entrecejo y me preguntó:

—¿Se puede saber qué sucede? Preguntas más que si fueses del F.B.I.

La chica merecía por más de un motivo que yo Liese sincero con ella. Y le referí todo lo que había sucedido primero tras la llamada telefónica de Donna.

Señaló para mi rostro y preguntó:

—¿Así, pues, no ha sido jugando al «*rugby*»?

No necesitaba respuesta y no la di. Pero en cambio le relaté lo que había sido mi visita a William Wayne.

De no haber estado asustada, se habría reído.

Seguidamente le hablé de mi visita al apartamento de Donna, de lo que había podido observar allí y del descubrimiento del envase del maldito «LSD».

Intercambiamos impresiones y me pudo concretar que ella había visto a Donna antes de telefonarme.

—Hace días que la he visto un poco inquieta —añadió.

—¿Qué ha podido sorprender ella que considerase necesario comunicármelo a mí?

—No tengo idea, de verdad.

—No es necesario que jures, te creo, rubia —le dije.

—¿Qué le ha podido suceder? —preguntó Doris a su vez.

—Por el momento la han eliminado. No habrán considerado necesario matarla y la han sumido en la locura.

—¡Eso es horroroso! Es peor que si la hubiesen matado, si no fuese porque del otro mundo no se puede volver... ¿Y tú?

—La debieron cazar en el mismo edificio en donde vivo. Ellos tendrían la certeza de que no había podido hablar conmigo. Y se limitaron a atemorizarme a fuerza de golpes tras hacerme creer que ella estaba muerta.

—¿Qué tiene que ver el jefe con todo eso? —preguntó de improviso.

Me sentí desconcertado por un momento y respondí:

—No lo sé.

—¿Y si te has equivocado?

—No podría decir en qué razones me apoyo, pero el instinto... —comencé a decir.

Corté la frase, reflexioné y proseguí:

—Hace algún tiempo que he pensado bastante sobre las actividades de Wayne. Y creo que el negocio de modas y confecciones no es más que una tapadera de actividades menos confesables y más lucrativas —respondí con auténtico convencimiento.

—¿Qué te hace pensar eso? —preguntó seriamente.

Doris, a pesar de su belleza, de su carácter alegre, incluso de su

frivolidad de muchos momentos, era una chica inteligente y hasta reflexiva, si se lo proponía.

Entonces le referí cómo había sido herida Donna, cómo había sido cuidada y cómo había logrado el empleo.

Añadí ya sin lugar a dudas:

—No me cabe duda que la hirieron los pandilleros de Wayne. Y que él se consideró en deuda y la protegió sin dar la cara. Hasta que la colocó de forma que podía parecer normal... El resto de la historia ya lo conoces —le dije.

Permaneció silenciosa.

Y dijo al fin:

—No juegues más a «*rugby*». Tú tienes talento. Termina tu carrera y dedícate a lo que sea, menos a ese endiablado juego. Hasta prefiero verte de detective privado.

Era el colmo de las concesiones. Y la abracé. Fue un abrazo de amigos, no sean mal pensados.

CAPÍTULO III

Doris había sentido siempre algo de celos por mi amistad con Donna.

Y aquella noche comprendió que no eran justificados en absoluto. La rubia, además de todos los atractivos físicos necesarios para hacer perder el equilibrio a una estatua, era además una chica de corazón y de fina sensibilidad.

No permitió que fuese yo a investigar a la clínica en donde el doctor Harry Young llevaba a sus enfermos necesitados de internamiento.

Y yo hube de admitir sus razones.

Naturalmente no entré en la clínica, pero quedé aguardándola fuera, en un automóvil que alquilé a un amigo.

Doris debía presentarse como una antigua compañera de profesión de Donna Kent.

La rubia, bajo mi dirección, había introducido algunos cambios en su aspecto.

Su espléndida cabellera rubia quedaba oculta en un sombrero pasado de moda y más bien de chica provinciana.

El sombrero dejaba ver unas crenchas negras, lacias, que podían recordar las de un mixtificado existencialista.

Encima de sus vestidos llevaba un abrigo que parecía concebido por un enemigo de las mujeres para evitar que ellas pudiesen lucir atractivo alguno.

Quiero decir que por fuera no se podía adivinar nada de lo mucho bueno que había dentro.

Y para terminar de arreglarlo, aparte unas gafas horribles y unas pecas que terminaban de desfigurarla, se había puesto unas medias bastas, calzaba zapato sin tacón, de forma casi masculina y al andar, además de cojear ligeramente, juntaba las rodillas de una forma horrible mientras separaba los pies.

Irreconocible, vamos.

Por mi parte, también había tomado ciertas precauciones, más que para evitar ser reconocido, para no llamar la atención con las señales que aún lucía mi cara.

Cuando vi salir a la rubia comprendí que la visita había dado fruto.

Yo adiviné que habría corrido a reunirse conmigo.

Sin embargo, obedeciendo las instrucciones que yo le había dado, se produjo con absoluta normalidad, sin olvidar la forma de andar que yo le había impuesto y que había ensayado antes de iniciar la expedición.

Subió al automóvil, más bien destartado, el cual no desdecía del aspecto de ella.

Y ya en marcha, le pregunté:

—¿Alguna novedad?

—Sí. Está ahí.

—¿La has visto?

—No me lo han permitido. Me han dicho que el ataque es bastante fuerte y el doctor Young ha prohibido que la vea nadie por el momento.

—¿Así, pues, no han puesto obstáculo alguno para dar la información?

—Ninguno. Todo ha sido normal. Me ha atendido un ayudante, el cual ha confirmado tus sospechas. Ella ha tomado una dosis demasiado fuerte de esa maldita droga.

—Todo normal... —repetí yo.

—Completamente normal. Incluso han dado cuenta a la policía según es obligado en estos casos —me informó la rubia.

La idea de que todo era normal me martilleaba en la cabeza.

—Está bien claro... —dije al fin.

E inmediatamente pregunté:

—¿Te han dicho algo sobre probabilidades de cura?

—Sí, curará. Al menos, curan la inmensa mayoría de casos.

—Menos mal; pero el paciente, cuando haya curado, no recordará nada de lo sucedido.

—El ayudante no me lo ha asegurado, pero me lo ha dejado entrever —dijo Doris en respuesta a mis palabras.

—Justo —dije yo—. Cuando ella sane, no recordará lo sucedido.

Posiblemente hasta habrá olvidado el motivo de su llamada telefónica, de la visita que ellos cortaron.

—Seguramente...

—Es muy posible que el doctor Harry Young no sea un cómplice consciente —dije yo.

—Es casi seguro. Pero en la duda ve con mucho cuidado, no debes confiarte a él.

Aparecía la proverbial prudencia femenina.

—¿Estás dispuesta a seguir ayudándome? —le pregunté.

—Jimmy, ella no mejorará más pronto porque tú sigas adelante en este caso. Y hasta es posible que tu intervención retrase su curación. Le han administrado la droga para no verse en la necesidad de matarla. Y ha sido cuando ella te iba a ver para comunicarte algo...

Yo no quería dejarme convencer. Lo mejor era no permitir que prosiguiera con sus razones y corté, preguntando:

—¿Estás dispuesta a ayudarme? ¿O prosigo adelante yo solo?

Guardó silencio y miró frente a sí.

De haber hablado, creo que habría llorado. Y yo dejé que se repusiese de su emoción.

—Preferiría que siguieses jugando a «*rugby*».

—Tendré que simultanear para distraerme un poco. Este trabajo no dará dinero, no habrá quien me lo pague. El «*rugby*», sí. Y este juego es la preparación para detective privado.

Mi rubia era apasionada. Y en aquel momento me miró de tal forma que dio la impresión de odiarme.

Dijo:

—En ese caso, numérate los huesos. Y ni aun así va a ser posible tu reconstrucción cuando te hayan desmontado.

Comprendí. Ella deseaba perderme de vista cuanto antes y yo hice correr el auto todo lo que pude en dirección a su apartamento.

Cuando lo detuve a la puerta del edificio, salté ágilmente y corrí a abrir la portezuela, la cual mantuve abierta hasta que ella descendió.

—Te recomendaré a un tal William Wayne. Él te podrá ofrecer una colocación como chófer...

La miré con expresión desdeñosa y no me digné contestar. Sabía el efecto que le haría.

—Eres todo lo contrario de una persona inteligente —me espetó.

—Con ese disfraz no la conozco para nada —dije a mi vez.

Perdió los papeles y me dedicó una palabrota.

Yo imité el maullido de un gato... Y tuve que salir corriendo para evitar que sucediese algo grave, como por ejemplo, que ella me convirtiese en cadáver.

Me volví a mirar cuando estaba ya a cierta distancia. Ella me amenazaba con el puño crispado.

Yo tenía sobrados conocimientos de las tres primeras plantas del edificio en donde William Wayne tenía establecidos su negocio y domicilio particular.

Conocía bastante bien sus costumbres.

Y fui capaz de burlar la vigilancia que él había extremado, llegar a su apartamento particular y establecer una derivación de su teléfono que debería morir en un aparato supletorio.

Terminé el trabajo muy poco antes de que él estuviese de regreso con su escolta.

Yo había calculado que no saldría a comer a ningún restaurante para no dejarse ver con el estropicio de cara que yo le había hecho.

No me equivoqué. Subió a su apartamento con dos de sus colaboradores mientras Doris pudo librarse de él y marchar a comer al restaurante en donde lo hacía habitualmente.

Yo cambié de local, bajando a lo que era el despacho particular de Wayne, dentro de las oficinas de la empresa.

Y terminé allí mi trabajo haciendo nuevas conexiones de forma que una persona podría controlar lo que Wayne hablase por teléfono, bien fuese arriba, en su apartamento particular, bien fuese en su oficina del negocio.

Terminado el trabajo tomé mis herramientas y el material que me había sobrado y salí.

Poco después quedaba todo en la maleta del automóvil que seguía usando y que no llamaba la atención por lo lujoso ni moderno, sino todo lo contrario.

Aquel automóvil era una auténtica pieza de museo, pero servía. Y el motor se portaba bastante mejor de lo que podía hacer suponer la antigüedad del modelo y su aspecto exterior.

También quedó en la maleta del automóvil mi buzo de trabajo.

Me dirigí al restaurante, en donde la rubia habría terminado ya

o estaría terminando.

La descubrí apenas entré.

Ella me vio también a mí y me dio la impresión de que se quedaba fría. Estaba sola, le hice un gesto amistoso y me dirigí al lavabo. Me fastidiaba comer con las manos sucias.

Poco después elegía mi menú y seguidamente tomaba asiento junto a ella, que se había hecho servir café y había encendido un cigarrillo.

Me senté frente a ella y lo primero que hice fue acariciarle los tobillos con los míos.

Los retiró furiosa.

Yo señalé entonces para la taza y pregunté:

—¿Te dedicas ahora a beber nitroglicerina? ¿O has echado unas gotas de «LSD» y comienza a hacerte efecto?

—¡Más me hubiese valido dedicarme a beber nitroglicerina que hacerte caso!

—En eso estoy de acuerdo contigo —admití hipócritamente.

Suspiré cómicamente y seguí, diciendo:

—¡Es la vida, rubia! Recuerdo cuando me decías que te sentías irresistiblemente atraída por mí. Yo no te decía nada porque estaba claro que para mí tenías imán.

—Eres un farsante —me espetó.

—Aún no lo sabes bien —respondí tranquilamente.

Ella bizqueó sin proponérselo. Me conocía y por el respingo que dio comprendí que se había asustado.

Pero yo, tranquilo. Proseguí:

—La vida es un teatro; mejor dicho, una farsa...

—Conozco todo eso —me interrumpió—. Cada cual tiene que representar el papel que le toca. ¿Hoy te toca ser cocinero...?

Interrumpí a mi vez para decir:

—Nada de cocinero, rubia. Hoy me ha tocado ser instalador de teléfonos.

Al oírme estuvo a punto de desmayarse.

Bebió café y dio la impresión de que era realmente nitroglicerina porque casi se atragantó.

—Te sorprenderán mis conocimientos en el ramo.

—No me sorprenderán —pudo decir.

—Te sorprenderán. A menos que abandones el empleo... Vas a

encontrar allí unos cambios que únicamente una personita inteligente y avisada como tú será capaz de encontrar y de usar.

Me miró más asombrada aún que asustada.

Y yo proseguí:

—Si tienes miedo, lo dices. Pediré excusas a Wayne y solicitaré una plaza de telefonista, de secretario, de guardaespaldas. Tal vez sea lo que más necesite ahora...

Apretó las mandíbulas, pareció tragar algo que le raspaba la garganta y dijo:

—Está bien. Pondré mis dotes de inteligencia y disimulo a tu servicio. Pero no me pidas más.

—Tranquila. Lo demás se dará por añadidura —respondí con la mejor de mis sonrisas.

Yo había comenzado mi almuerzo, tragando con bastante rapidez. Entre bocado y bocado le expliqué en qué consistía la instalación que había hecho, cómo la debía descubrir y cómo debía usarla.

Al final comprendí que tenía toda su admiración.

—Eres inteligente. Me gusta que lo seas...

—Mujer, para algo estudio... —dije modestamente.

—¡Pero tú estudias leyes!

—Eso también son leyes. Leyes mecánicas, físicas... Un lío muy simpático y que nos va a servir —terminé sin saber por dónde salir.

Ella sonrió.

Cuando iniciaba la sonrisa era señal de que la tenía en el bolsillo; pero a poco de sonreír era yo el que estaba en el bolsillo de ella. ¡Y es que mi rubia tenía unos argumentos!

Mi cara había mejorado bastante, aunque se notaban aún señales de violencia.

Y por la noche, Doris y yo nos reunimos en otro restaurante, lejos de los lugares que frecuentábamos habitualmente, tratando de esquivar encuentros que no nos convenían.

Ella no había logrado ver a Wayne en toda la mañana.

Por la tarde la había necesitado para dictarle unas cartas y el hombre había permanecido en semipenumbra mientras Doris estuvo en zona bien iluminada.

—Le has hecho más daño tú a él que sus «gorilas» a ti —informó.

—Lo siento. No era esa mi intención. Pero no está mal que tome como buena la lección.

—He oído decir que esa clase de gente no tiene arreglo. En las prisiones se hacen aún más malos, en lugar de corregirse.

—En tal caso, lo llevaremos a la silla eléctrica, aunque no soy partidario de la pena de muerte —dije.

—¿Crees que habrá motivo para tanto? —preguntó.

—¿Qué se puede esperar de una gente que se lía a tiros en mitad de la calle? —pregunté aludiendo al incidente que había retirado a Donna forzosamente de su vida artística.

—Tienes razón.

—¿Has sabido algo de Donna? —pregunté.

—Esta tarde se ha interesado el jefe por ella. El doctor Young ha dicho que era muy pronto para poder decir nada concreto, aunque esperaba que con el tiempo, curaría.

—¿Crees que Young es cómplice de Wayne? —pregunté a la rubia.

—Por lo que he oído te podría asegurar que no.

—¿Entonces...?

—Wayne es un ente raro que consulta frecuentemente a Young sobre sus problemas íntimos. A veces tal vez se someta incluso al sicoanálisis... Y Young le cobra caro y tal vez se aproveche de los conocimientos de Wayne para sus negocios...

—¡No me digas!

—Le ha preguntado en algunas ocasiones por determinados valores, por ciertas situaciones políticas y sus posibles repercusiones en los distintos valores bolsísticos.

—¿Y Wayne...?

—Parece que está bastante enterado de cosas, sobre todo en lo que se refiere a la tensión internacional y las posibilidades de guerra.

Silbé.

—¡Me dejas asombrado!

—Hay que estar cerca de él, como yo y luego vivir experiencias como ésta, al lado de un hombre inteligente como tú, para comenzar a comprenderlo —dijo.

Temí en principio que se estaba burlando de mí, pero comprendí inmediatamente que era sincera. Y estuve a punto de desvanecerme.

—¿Qué tal las instalaciones que he hecho? —pregunté.

—Estupendas. Lo tengo bien controlado. Y no es fácil que las descubran —me respondió.

—Ten cuidado, rubia. Piensa que te juegas la piel o un destino parecido al de Donna.

—Lo sé. Pero estoy a tu lado. Si tú luchas, yo lucharé. Si zurras...

CAPÍTULO IV

Yo presentía que se acercaba un momento que podía ser decisivo.

Y tenía también la sensación de que era discretamente vigilado.

Pero por discreción que tuviesen los perros que William Wayne me hubiese puesto, yo resultaba un zorro avisado, receloso.

A los tres días conocía ya a dos de los hombres que habían puesto para seguirme. Yo calculaba que debían ser cuatro y que se turnaban.

Al tercer día desaparecí de lo que era mi zona habitual de actividad, aunque no por ello dejé de jugar un partido de «*rugby*».

El cuarto día me presenté en la clínica en donde se hallaba recluida Donna.

Me permitieron verla. Tuve suerte porque fue el propio doctor Young quien me recibió cuando pregunté por ella.

—¿Usted también es un antiguo compañero de profesión? Porque ella era bailarina.

—No, doctor. La he conocido después, en la casa de confecciones y modas de Wayne, en donde yo trabajaba entonces.

—Ella está tranquila, lo cual no quiere decir que esté mejor. Tomó una dosis demasiado fuerte.

Me informó mientras íbamos por un amplio pasillo.

Salimos a un jardín en donde se hallaban las enfermas. Algunas charlaban animadamente entre sí mientras otras permanecían aisladas.

Se veían algunos varones, pocos. Y todos ellos estaban en corros femeninos, como si ellas hubiesen hecho una equitativa distribución.

—Allí la tenemos —dije yo.

La había visto antes que el doctor.

—Acérquese usted solo. Quiero observar cómo reacciona.

Confieso que me sentí descorazonado cuando la vi.

Me acerqué sin prisa, procurando hacer ruido para llamar su atención, colocándome dentro de su círculo de visión cuando estaba aún a cierta distancia.

Donna me miró, me vio. Hice un gesto amistoso, al cual acompañé de un ademán del mismo signo.

No dio sensación de que me reconocía, a pesar de lo cual seguí adelantando sin prisa.

—Cuánto tiempo sin vernos, Donna Kent. ¿Qué tal? Quedé aguardándote la otra noche.

Me miró, frunció el entrecejo ligeramente y por un momento pensé que iba a recordar.

Volvió su cara a ser reflejo de la máxima inexpresividad y dejó de mirarme.

Luego, con la misma expresión de indiferencia, se alejó contoneándose, cojeando ligeramente.

El médico se reunió a poco conmigo.

—Nada, ya lo ha visto.

—Ya lo he visto. Por un momento pensé que lo iba a reconocer, a recordar, pero luego... La dosis que tomó debió ser muy fuerte. No la ha matado por verdadero milagro. Tal vez por el hábito de tomarla...

—No existía el hábito, doctor. Ella no tomaba «LSD». Ésa fue la primera vez.

Me miró asombrado. No era fingido su asombro.

Dije aún:

—Hay más, doctor. Ella no ha tomado «LSD». Se lo han administrado a la fuerza.

—Pero míster Wayne me ha dicho...

—Me gustaría tener pruebas contra él. Pero es endiabladamente hábil y por el momento no he logrado nada. Tenga cuidado no le envuelva y le haga aparecer como cómplice en uno de sus crímenes.

Señalé para Donna que paseaba.

—Porque eso es un crimen, doctor. Cuídela mucho y si ella volviese a recobrase, cuídela más aún para evitar que la asesinen. Le agradeceré que me avise enseguida.

—Yo he avisado a la policía...

—Lo sé. Ha actuado usted como debía. La policía también; pero

el crimen se ha cometido, conocemos al culpable y no lo podemos atrapar. No, no estoy loco, se lo aseguro.

—Estoy seguro de ello —me respondió.

Estaba asustado. Y me preguntó:

—¿Qué debo hacer?

—Si se refiere a Wayne, debe tratarlo como hasta ahora. Como si usted y yo no nos hubiésemos visto.

—Lo haré así —dijo con voz débil.

—Tampoco tengo pruebas; pero pondría la mano en el fuego a que esa cojera la debe Donna a los pistoleros de Wayne...

Dejé al médico casi sin respiración.

—No crea que hablo por gusto de darle a la lengua.

Le dije quién era yo, dónde y cómo me podía encontrar en caso de necesidad y le recomendé nuevamente que cuidase de la integridad personal de Donna.

—Si Wayne quisiera sacarla sin estar curada, si sucediese algo que le resultase sospechoso, no vacile en acudir a mí.

—Lo haré.

—Si yo no acudiese y hubiese peligro, no dude en dar cuenta a la policía —aconsejé.

El doctor Young estaba impresionado. Y yo quedé tranquilo, en el convencimiento de que él cumpliría lo prometido.

Atardecía ya cuando recibí una llamada telefónica.

En aquel momento yo tenía abierto el «Derecho Internacional», pero la verdad es que no estudiaba.

Leía, pero no asimilaba. Y me alegré de que el teléfono me sacase de semejante estado.

Alargué mi diestra, tomé el tubo y lo situé adecuadamente.

—¿Sí? —pregunté.

Respondió Doris. Habló en voz baja, como si temiese ser escuchada:

—Necesito verte inmediatamente.

—¿Puedo ir a recogerte?

—Sí. Pero no vengas aquí. Dentro de veinte minutos me puedes recoger a la altura del Carnegie Hall. Me he despedido con tiempo, para que no pudiesen ver apresuramiento.

—«Okey» —le respondí.

—No detengas el coche, por si acaso...

Cortó la comunicación.

Recordé la llamada que me había hecho Donna no hacía muchas noches y confieso que sentí miedo. No por mí, sino por mi valiente rubia.

Doris era de las puntuales; ni medio minuto más ni medio minuto menos.

Calculé mentalmente el tiempo que tardaría en llegar al lugar de la cita. Sobraban más de cinco minutos.

Sin embargo, me puse en camino rápidamente.

A medida que me acercaba al Carnegie Hall iba reduciendo la velocidad de mi automóvil y finalmente di una vuelta para entretener el tiempo y entrar al punto de la cita en la dirección buena para poder tomar sin molestias a mi atractiva pasajera.

Había dicho «dentro de veinte minutos». Justo, allí iba ella caminando con aparente desgana por el borde de la acera.

Avancé al ritmo que me imponían los demás vehículos, acercándome a la acera.

Hice la señal que ya nos había servido en más de una ocasión y detuve el automóvil justo a su lado.

Ella subió con aparente desgana. Pero yo sabía que aquello era una máscara para no dejar traslucir sus emociones, la tensión en que se hallaba en aquel momento.

No había parado el motor y salí lanzado apenas cargué con la rubia.

Maniobré hábil y temerariamente para confundir a quién me pudiera seguir, aunque no había advertido nada de particular.

Sin embargo, no convenía confiarse.

Nos dirigimos hacia la parte oeste de la ciudad.

Cambié luego hacia el sur y finalmente fuimos a parar en las proximidades de Washington Square, refugiándonos en el tranquilo café Lafayette.

Allí resultaba relativamente fácil controlar si le habían seguido o no a uno.

Y yo pude comprobar que no.

Mi rubia había aguantado. Pedimos una ligera merienda y cuando nos sirvieron no pudo más. Dijo:

—Ha llamado por teléfono un tal Kenneth Ridge...

—¿Kenneth Ridge? —pregunté.

—Sí, estoy segura. Dijo que terminaba de llegar de Brasil.

—¿Habías oído hablar alguna vez de tal individuo? —pregunté a la rubia.

—En cierta ocasión, no hace mucho, lo mencionó hablando con ese sombrero Harry Constant.

—Adelante —le pedí—. Viene de Brasil y trae algo de interés.

—Puede ser de interés. A mí me ha parecido extraño...

Señaló mi rubia una pausa. Comía de mala gana, algo que resultaba extraño en ella.

Y prosiguió diciendo:

—Le ha ofrecido tres cabezas humanas. Dice que son auténticas...

El gesto que acompañó a sus palabras me hizo reír. Y creí comprender de qué se trataba, pero preferí que fuese ella quien lo explicase.

—¿Tres cabezas humanas? ¿Cortadas de sus cuerpos? Afirmó con la cabeza y prosiguió:

—Las preparan unos indios a los que llaman jíbaros. Parece que viven en Brasil...

—Sí. Viven por el alto Amazonas...

—Justo. Creo que es eso lo que ha dicho. Son cabezas cortadas a sus enemigos y las preparan luego reduciéndolas al tamaño de un puño. Son como trofeos. ¿Puede ser? —me preguntó.

Si hubieran visto la expresión de Doris se habrían reído como me reí yo.

Mi risa no la enfadó. Por el contrario, le proporcionó cierto alivio.

—¿Cómo lo hacen? —preguntó.

—No lo sé —hube de confesar—. Hasta ahora han sabido mantener su secreto.

—Son unos tipos repulsivos —dijo ella.

Comió mejor a partir de entonces. Y me preguntó sin casi dejar de masticar:

—¿Crees que eso puede ofrecer algún interés?

—Creo que puede ofrecer bastante interés. ¿Wayne se ha dedicado alguna vez a coleccionar cosas de ese tipo?

—No. Pero el tal Ridge le aseguró que eran auténticas piezas de museo y que cualquier chiflado, o los mismos museos, se las

pagarían bien.

—¿Por qué no las vende él directamente? —pregunté.

—No tiene tiempo, según dijo. Quiere salir mañana mismo a primera hora, en avión, hacia Canadá.

—¿Han quedado citados? —pregunté.

—Sí. Pero no irá personalmente Wayne. Irá Constant.

—¿Pide mucho por esas cabezas? —pregunté.

—A mí me ha parecido exorbitante. Si no he entendido mal ha pedido treinta... Quiere decir que son treinta mil... —dijo, temiendo que yo me burlase de ella.

Pero no me burlé, no señor. Ella estaba en lo cierto, había entendido perfectamente. Treinta mil dólares, algo que no se pagaba por trofeos humanos como aquéllos por más pieza de museo que fuesen.

—¿A Wayne le ha parecido caro? —le pregunté.

—Sobre eso no ha dicho nada. Pero quería cerciorarse de si la mercancía valía la pena o no. El otro aseguró que sí —me dijo Doris.

—Seguramente que vale la pena —opiné yo—. ¿Qué más hay?

Estaba seguro, por la actitud de la rubia, de que ella no lo había desembuchado todo aún.

—Wayne ha quedado de acuerdo con el tal Ridge para que entregue la mercancía a Constant. Y éste le llevará quince mil. Y si la mercancía interesa a Wayne le remesará inmediatamente los quince mil restantes.

—¿Por qué no va el propio Wayne?

—Eso mismo le dijo Ridge. Wayne se excusó diciendo que no estaba presentable a causa de un accidente. Y que tampoco interesaba que les viesan juntos.

La rubia me sonrió y añadió aún:

—Eso y el precio señalado fue lo que más me intrigó haciéndome comprender que podía haber gato encerrado.

—Eres una chica estupenda, que tiene de todo, incluso inteligencia —alabé yo mirando golosamente hacia sus turbadoras redondeces.

—¡No seas pícaro!

—A tu lado hay que ser pícaro a la fuerza. Eres de las que hacen despertar hasta a las estatuas...

—Un poco exageradillo, ¿no crees? —preguntó halagada en el fondo.

—Nada de exageradillo... Veamos otra cosa. ¿En dónde espera Ridge a Constant?

La chica me dio las señas que había anotado cuidadosamente no fiándose de su memoria.

—¿Alguna contraseña? —pregunté.

—Sí. Aunque parece que Ridge y Constant se han visto alguna vez, como el primero no está muy seguro de reconocerlo, han establecido un cambio de frases para reconocerse.

Se lo había anotado también, y me lo dio.

Era un juego un tanto infantil, pero que se empleaba con buenos resultados.

—¿Hora? —pregunté.

—Dispones de media hora larga aún —respondió.

Me sonrió. Se sentía feliz de haberme servido.

Yo sabía que ella era muy golosa y decidí premiarla con un postre exquisito, que le gustaba mucho.

—Aunque el dulce engorda, querida, hoy puedes tomar eso.

Ella me respondió tranquilamente:

—Si la fiesta del amor es la fiesta de la carne, como escribió no sé quién, no creo que me vayas a despreciar por un par de kilos más.

—Seguro que no, nena... ¿Cómo está Wayne?

—Su mejoría de aspecto ha sido más lenta que la tuya. Parece que eres bastante bestia.

—Sin afán de presumir, si me presentase a concurso, no creo que quedase de los últimos —respondí convencido.

—No te ha nombrado para nada. Al menos, delante de mí. Ni tampoco en las conversaciones que logro sorprenderles, que son suficientes.

—Es de suponer que él debe guardarse de ti. Me extraña que te haya conservado cerca...

—Te diré por qué —me respondió—. Él no ha perdido la esperanza de llegar a conmovirme como conmovió a Donna, con sus lamentos de que está solo, de que no lo comprende nadie, de que no sabe para quién trabaja...

—Menudo sinvergüenza —dije en tono despectivo.

Ella terminó su postre mientras yo saboreaba una taza de café.

Salimos.

Ella quiso acompañarme para aguardar cerca de donde estaba Ridge, pero le hice comprender el riesgo que corría de que la pudiese descubrir Constant o alguno de los hombres que le acompañaban.

Se resignó. Me aguardaría en su apartamento, que no estaba muy lejos del lugar.

La dejé a la puerta del edificio y seguí.

Dejé el auto en un aparcamiento en donde, a pesar de ser único, quedaba disimulado y oscurecido por los muchos que habían aparcados en el lugar.

Y salvé a pie la distancia que me separaba desde el aparcamiento al edificio en donde debería estar Ridge aguardando.

Había bastante movimiento en las tres primeras plantas del edificio. Entraba y salía mucha gente y resultaba fácil pasar desapercibido.

Dejé el ascensor en el piso décimo para descender después hasta el octavo.

Y me detuve ante la puerta del apartamento señalada con el número sesenta y tres.

No vacilé en llamar.

CAPÍTULO V

Consulté mi reloj mientras esperaba a que me abriesen. Constant tardaría aún más de diez minutos en llegar.

Tardaron bastante en abrir.

La puerta tenía una pequeña mirilla. Seguramente antes de abrir estaban examinándome detenidamente.

Al fin se abrió la puerta.

Ante mí se hallaba un tipo alto, con aspecto de aventurero mundano.

Era recio y posiblemente, por ciertas deformaciones de su rostro, habría practicado el pugilismo.

Vestía bien, ropa magníficamente cortada, pero su gusto en el vestir resultaba un tanto detonante, clara demostración de que no se trataba de un individuo de «clase».

Me adelanté a saludar según lo convenido entre Ridge y Wayne.

—Buenas tardes. Soy anticuario. Y parece que usted trae algo que me interesa.

—Muy joven para anticuario. Esperaba encontrarme con una especie de momia —respondió el individuo.

Me sorprendió la respuesta, que no era la que yo esperaba, la que se había concertado.

Antes de que me repusiera de mi sorpresa, el aventurero, bien colocado de piernas, hacía silbar en el aire su puño derecho, que chocó con violencia en mi barbilla, a pesar de un tardío movimiento de esquiva.

Giré como una peonza, parte por la contundencia del golpe, parte por mi movimiento para esquivar.

Experimenté la atracción del suelo y me vi lanzado centra él, sintiéndome aturdido.

El fulano no se sintió satisfecho con lo logrado y levantó uno de los pies, dispuesto a estrellármelo en la cara.

Fue su fallo porque pude aferrar la pierna en el aire, a la altura del tobillo, antes de que él pudiese golpearme.

Sin pérdida de tiempo le hice el tirabuzón.

No chilló, pero abrió la boca desmesuradamente, estando a punto de hacerme reír por la expresión que dio a su rostro, cuyos ojos parecieron dispuestos a saltar.

Fue entonces él quien giró para evitar que le rompiese el hueso. Y no tuvo más remedio que dejarse caer.

Una vez en contacto con el suelo, sacudió fuertemente ambas piernas y yo salí disparado.

El individuo era fuerte y sabía luchar.

Habría sido pugilista primero y se habría dedicado posteriormente a la lucha libre, en cuyas filas se han enrolado bastantes boxeadores fracasados.

Di una voltereta de tipo circense y volví a quedar en pie.

Al luchar habíamos caído dentro del apartamento, aunque la puerta quedaba abierta.

Y yo la cerré de un manotazo, pues había quedado cerca de ella.

El fulano, sentado como había quedado, se apresuró a desenfundar una pistola que llevaba en una funda situada bajo la axila izquierda.

Y yo hube de saltar como impulsado por un resorte para evitar que él lograra hacer diana en mi anatomía.

Fue un choque violento.

Le golpeé con la cabeza en la suya al entrar en colisión y dejó caer la pistola, quedando momentáneamente aturdido.

Golpeé duro a izquierda y derecha y se estremeció a mis golpes.

Era recio, pesaba bastante y aunque se estremeció, los aguantó bastante bien, preparándose con un movimiento para desprenderse de mí con otro doble golpe de piernas, el cual debía ser una de sus llaves favoritas.

No me pilló desprevenido y aunque hube de soltarlo y rodé, no salí lanzado con la violencia anterior.

Tan pronto fui capaz de frenar salté en dirección a la pistola dispuesto a llegar a ella antes que mi enemigo, a pesar de que la distancia que me separaba del arma era mayor que la que él debía salvar.

Y el hombre actuó entonces de manera que me resultó

desconcertante, pues en lugar de ir en busca de la pistola, huyó hacia el interior del apartamento, cerrando la puerta por la que había desaparecido.

Oí que echaba la llave, que pasaba un cerrojo y que luego amontonaba algunos muebles, seguramente con la idea de dificultar mi avance.

Aquello confirmó mi sospecha de que su mercancía no era precisamente material de museo ni de coleccionista.

Se trataba de algo bastante más importante, pero al margen de la Ley.

Él no podía acudir a la policía.

Aunque tampoco yo podía hacerlo.

Me sentí perplejo pensando en la conducta del fulano y pensando también en que Constant, el segundo de Wayne, no tardaría en llegar. Y posiblemente no acudiría a la cita solo.

Sin embargo, yo no debía retroceder.

Ataqué la puerta.

Mi enemigo debía estar bastante aturdido al actuar porque había olvidado algo esencial. Asegurar la hoja base con los dos pestillos.

Y no tuve más que empujar fuertemente un poco para que cayesen los muebles, cediese la puerta y se demostrase que el pequeño cerrojo, así como las vueltas de llave de la cerradura, no servían de gran cosa.

A pesar de todo iba teniendo el tiempo en mi contra. Habían transcurrido unos cinco minutos desde mi llegada hasta cuando logré tener el paso libre.

Aparté los muebles y adelanté hacia el resto del apartamento.

No encontré nada en mi primer recorrido de investigación.

Experimenté una corriente de aire ligera, pero que decía bastante.

Llegué hasta una ventana que él había dejado abierta.

Y digo que la había dejado porque estaba claro que había huido por ella.

Me sentí furioso por no haber sido capaz de evitar su huida. Con toda seguridad que se había llevado la mercancía con él.

Miré hacia abajo, por la escalera para casos de emergencia. Ni rastro.

Y lo mismo hacia arriba.

Habría encontrado abierta alguna ventana y se habría metido por ella.

O tal vez había sido capaz de ir por la comisa hasta girar por la esquina que formaba el edificio y que quedaba muy próxima.

Decidí que no valía la pena arriesgar y volví hacia dentro, aunque cuidando de cerrar la ventana para evitar que el fulano volviese, se colase y me pudiese sorprender.

Reflexioné sin pretenderlo. Y recordé la sorprendente respuesta, que no era la concertada entre Ridge y Wayne.

Si yo era un intruso con relación a Wayne y Ridge, ¿por qué no había de serlo también el hombre con el cual me había enfrentado?

Podía haber bastante gente interesada en las pequeñas cabezas o lo que tales cabezas ocultasen.

Y no se trataría de gente que reparase en medios para lograrlas.

Consulté el reloj. Quedaban de tres a cuatro minutos para que llegase el agente de Wayne, si era puntual, que debía serlo.

Y me lancé a un registro que debía hacer de forma un tanto apresurada.

Estaba en mi trabajo cuando me sorprendió una idea que no se me había ocurrido hasta el momento.

Si el fulano con el cual había luchado era un intruso, ¿en dónde estaba Bridge?

Di un respingo. Y apresuré mi trabajo de registrar, dirigiéndome entonces a los sitios que pudiesen ocultar un cuerpo.

Miré debajo de un sofá. Nada.

Fui a un ropero empotrado en la pared. Nada tampoco.

Entonces desmonté la cama plegable.

Estaba allí.

Supuse fundadamente que se trataba de Kenneth Ridge.

Lo habían atado a la cama para que no cayese. Le habían cerrado los ojos piadosamente después de muerto.

Y recibí la impresión de que lo habían torturado bestialmente cuando aún estaba vivo.

Hay gentes que son así. Son piadosos con el semejante cuando ha muerto; pero se muestran implacables con él cuando está vivo.

Justo lo que le había sucedido a Kenneth Ridge. Porque se trataba de Ridge según pude comprobar por el pasaporte que le había encontrado encima.

El último visado de salida de un país se lo habían hecho en Brasil. Luego aquella parte era cierta.

Iba a proseguir registrando la casa hasta ver de encontrar algo que me sirviese, que me diese una pista, cuando repiqueteó el timbre telefónico.

Dudé entre acudir o no.

Pero ante la insistencia de la llamada y con la esperanza de encontrar algún dato que me pudiese servir, llegué hasta el teléfono y tomé el tubo del micro empleando un pañuelo para no dejar huella alguna.

—¿Sí? —pregunté intentando desfigurar un tanto la voz, por si acaso.

Lo que siguió resultó desconcertante. Era Doris y a juzgar por lo que dijo, llamaba de la oficina de Wayne.

Dijo escuetamente:

—Atiende. No preguntes. Lárgate inmediatamente. Alguien ha avisado que estás ahí. Y Wayne ha telefoneado a la policía para que cargues tú con el muerto.

Ni más ni menos. Y cortó inmediatamente la comunicación.

Decidí que era absurdo quedarme allí. Tenía muy poco que ganar y mucho que perder. Y ya había perdido bastante, puesto que se había hundido la labor de todos aquellos días.

Había bastado la actuación de un desconocido al cual debiera haberle machacado el estómago.

Pero yo debía reconocer que él no me había dado facilidad alguna y que entonces ignoraba el daño que él podía hacer.

Salir por la escalera de emergencia resultaba demasiado arriesgado por varios motivos.

Y me dirigí a la entrada principal, manteniendo en el bolsillo de la americana la pistola del intruso, pero empuñada y montada, dispuesta para tirar al mínimo obstáculo.

Si lo que mi rubia me había telefoneado respondía, Wayne debía haber encontrado medio para avisar a Constant y que éste no acudiera al apartamento de Ridge.

Por tanto, no había cuidado de que me lo encontrase a la salida.

Pero si me lo encontraba, peor para él.

No encontré a nadie. Y subí hasta el décimo piso, en el cual había dejado anteriormente el ascensor. Así no llamaría la atención

del ascensorista, un muchacho que no resultaba demasiado avisado.

Salí tranquilamente del edificio cuando todavía no había llegado la policía.

Crucé la calle para dar una vuelta y fisgar a gusto antes de llegar al aparcamiento.

No tardó en llegar la policía.

Lo hizo sin ruido alguno, discretamente, cosa que, no era corriente.

Demostraba interés en cazarme en el apartamento de Ridge. Naturalmente, la policía ignoraría que yo era su objetivo. Ella iba en busca de un asesino y desplegaba para ello su celo y su discreción.

A mí me habría gustado saber exactamente quién había mediado entre Wayne y la policía para atizar aquel celo, aquella discreción preparada para sorprender al supuesto asesino, en tal caso, yo.

No encontré ni rastro de gente de Wayne.

Una vez en el aparcamiento, antes de subir al coche, se me ocurrió echar una mirada al motor, especialmente, a la batería.

Aquello me libró de salir volando en pedazos; conectado con la batería había un potente explosivo.

Tranquilamente, sin que nadie se diese cuenta de ello, hice la desconexión y retiré el artefacto, el cual guardé en lugar seguro.

Me dirigí luego al vigilante del aparcamiento, al cual interrogué.

No había visto a nadie merodeando por los alrededores del automóvil.

Sonrió con expresión de ironía y me dijo:

—No debe preocuparse. Nadie se llevaría ese cacharro ni aún pagándole.

Yo también me sentí irónico y le respondí:

—Se nota enseguida que no entiende Este coche es capaz de volar, a poco que uno quiera.

No le decía mentira. Yo acababa de evitar que el coche volase en pedazos y yo con él.

Salí del aparcamiento y lo hice de prisa, debido en gran parte a mi pericia al volante.

Había dejado asombrado al vigilante del aparcamiento, el cual, gracias a su ironía y su falta de cuidado no recibió propina alguna.

¿Hacia dónde dirigirme?

Decidí correr al apartamento de Doris.

La movilidad y el interés que ella estaba poniendo en el asunto, me admiraban.

El riesgo que estaba corriendo comenzaba a asustarme un poco, más, si se tenía en cuenta que era yo quien la había metido en aquella lucha que iba tomando caracteres de despiadada.

Doris, por servirme, había ido a la oficina de Wayne después que había salido ya.

Aquello, forzosamente, debía llamar la atención del avisado granuja.

Cuando llegué al edificio en donde se hallaba el apartamento de la rubia, todo estaba aparentemente normal y yo tomé el ascensor.

Pero me arrepentí cuando me faltaba poco para llegar al piso e hice que el muchacho me abriera dos pisos antes.

Proseguí a pie y me detuve poco antes de llegar al piso, cuando el ascensor se detenía para descargar a otros usuarios del mismo.

Entonces recibí la impresión de que todo no estaba tan normal como me había parecido. La puerta del apartamento de Doris se había abierto ligeramente y yo había visto brillar por la rendija una mirada que no era la de mi rubia.

CAPÍTULO VI

Yo tenía amistad con una linda vecina de Doris, la cual ocupaba un pequeño apartamento independiente situado en un rincón, en el mismo piso que mi rubia.

Cuando el ascensor hubo proseguido y vi que la puerta de Doris volvía a ser cerrada, abandoné mi momentáneo escondite y llamé discretamente a la puerta de mi amiga.

Ella me recibió sonriente, y ligera de ropa, como iba normalmente en su apartamento.

Tuve que cerrar los ojos, de verdad. El momento no estaba para bromas de ningún género.

—¿Puedo usar tu teléfono? —pregunté.

—Puedes usar todo lo mío.

—Gracias, encanto.

—¿Sucede algo grave? —preguntó comenzando a sentirse asustada al darse cuenta de mi seriedad.

—Todavía no, nena, tranquilízate. Y voy a evitar que suceda.

Llamé a William Wayne. Y se puso al teléfono uno de sus gorilas.

—Soy Ken Ridge. Debo hablar inmediatamente con míster Wayne.

—Ahora... —me respondieron.

Comprendí que mis palabras habían causado sensación; y no tardó en ponerse al teléfono el propio Wayne, quien preguntó con voz ligeramente alterada:

—¿Quién está ahí?

—No son necesarias las presentaciones, puesto que nos conocemos. Tome un teléfono inmediatamente y de orden a sus «gorilas» de que dejen a mi rubia tranquila, o le vuelo a usted los sesos.

—Oiga... —comenzó a decir.

—No hay nada que oír, estúpido. Tengo controlada a su gente.

Que se larguen pronto o lo van a sentir ellos y usted. Y eso que no quiero líos —añadí para mayor sarcasmo.

Colgué el auricular, haciéndolo con energía para que al quedar cortada la comunicación se diese cuenta el otro de que yo no estaba para bromas.

La amiguita de Doris me miró asombrada. Y preguntó:

—¿Crees que con eso habrá bastante?

—Espero que sí. Ellos me conocen y saben que cuando me lanzo no hay quien me detenga.

—De verdad, me alegraría de que no le sucediese nada a Doris.

—Espero que todo salga bien...

Se me quedó mirando. El susto se le había pasado.

—Debes ser terrible cuando te lanzas...

Lo dije con picardía, lejos ya del miedo que la había hecho sentir en los primeros momentos.

—Según cómo y contra quien me lance, pelirrojilla —dije sonriendo.

Ella suspiró de forma un tanto provocadora.

Yo me hubiera lanzado en aquel momento, pero no era cosa de quedarse a medias y corría ese riesgo por atender a lo otro.

Oí la llamada telefónica en el apartamento de Doris.

Y entonces me dirigí a la mirilla para atisbar por ella.

Uno tras otro desfilaron ante mi vista cuatro «gorilas». Lo hacían de mala gana, fingida o real, y miraban de vez en cuando hacia atrás.

Descendieron a pie, por la escalera.

Y de verdad que me dieron ganas de salir y ametrallarlos por la espalda. Aquellas repugnantes sabandijas no merecían nada mejor.

Cuando se hubieron alejado volví a llamar, pero en aquella ocasión fue al apartamento de Doris.

Tardaron en responder y lo hizo ella con voz alterada:

Sin preámbulo alguno, ordené de manera perentoria:

—Di a esos dos bastardos que se han quedado ahí, que se larguen o le vuelo la cabeza a su jefe. ¡Vivo!

Yo estaba seguro de que ellos estarían a la escucha y de que lo oirían. Sonreí, imaginando las caras de asombro de los dos fulanos. Y volví a enhorquillar, cortando la comunicación.

De nuevo en mi observatorio, vi pasar a los dos «gorilas».

Tenía el convencimiento de que no quedaban ya más y no me pude aguantar.

Di las gracias a la pelirroja, la acompañé de una cariñosa palmadita a sus carnosidades posteriores y salí, abriendo el espacio justo y recomendando:

—Cierra sin ruido, encanto.

Estaba seguro de que los otros cuatro no andarían lejos, aguardando a que yo cayese en la trampa que se me había tendido.

Y contando con ello me situé a espaldas de los dos últimos y les ordené:

—Levantad las manos, «angelitos».

Dieron un cómico saltito, porque ni siquiera llegó a salto y se apresuraron a obedecer.

Yo quedaba bien parapetado tras ellos y ordené a los otros cuatro que esperaban un poco más abajo.

—Vosotros también, imbéciles.

Ellos sabían bien que yo no era un criminal y que llevaban las de perder si se ponían tontos.

Y levantaron las manos, aunque no se me ocultaba que aguardaban la mínima oportunidad para liquidarme.

La verdad era que mi posición no resultaba excesivamente cómoda.

Menos mal que mi rubia, vigilante siempre, salió en mi ayuda.

—Desarma a ese fulano. Con cuidado, sin interponerte jamás entre él y mi arma.

Por mi forma de accionar comprendió cómo debía actuar y lo hizo con bastante limpieza, despojando al fulano de sus armas.

Aún no había terminado ella el trabajo cuando yo asesté al «gorila» un golpe con mi pistola, golpe que lo dejó tambaleando.

Un ligero empujón lo llevó hasta la misma escalera y un furioso puntapié lo hizo rodar todo el tramo hasta llegar al descansillo.

Una vez allí quedó inmóvil, en ridícula postura, aturdido por los golpes recibidos.

Los otros fueron quedando desarmados; pero no les podía sorprender ya y eran ellos los que se apresuraban a correr, aunque no se pudo librar ninguno de ellos de un golpe.

Les grité:

—¡Estáis fichados, granujas! ¡Desapareced de la ciudad o a la

próxima vez que os encuentre, os barreré!

Doris hizo notar:

—Podías haberlos entregado a la policía. Son mala gente.

—Wayne tiene buenos abogados e influencias. Ellos habrían entrado por una puerta y salido por otra. Y yo tendría que explicar demasiadas cosas, algunas de las cuales están castigadas por las leyes vigentes.

—¿A qué te refieres?

—Allanamiento de morada, colocación de unas derivaciones telefónicas... Luego ha habido otras cosas, como por ejemplo, la muerte de Ridge, la cual intentan colgarme...

—¡Oh!

—Enviaré estas armas a la policía. Si esos granujas tienen licencia, tendrán que llevar lo suyo para recobrarlas. Si no la tienen, será peor... Cuidado, no borres las huellas digitales. Ahora te diré cómo debemos recogerlas...

Me miró con clara admiración y al final exclamó:

—Tienes talento, de verdad, Jimmy. Hay veces que me deslumbras...

La pelirroja desde cuyo apartamento había hecho mis llamadas telefónicas, se dejó ver, cubriéndose con una bata cumplida. Era una chica que no quería murmuraciones.

—¿Os puedo ayudar?

Se abrieron otras puertas de la planta, apareciendo las cabezas de algunos de los vecinos que habían oído ruidos que les habían alarmado.

Pero asomaban cuando ya no había peligro, naturalmente. Se habían asegurado bien de ello.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó uno, que había aprovechado el momento para dejar la cocina en donde estaba fregando.

—Nada de particular —dije yo—. Han inventado un nuevo deporte, al parecer. Bajar escaleras. Han tomado ésta como campo de experimentación, intentando establecer los primeros récords.

Mi rubia tuvo que realizar un esfuerzo para no soltar la carcajada, pero la pelirroja no fue capaz de aguantarse.

La mujer del preguntón salió tras él. Y dijo:

—No hace falta que mires tanto a la pelirroja. Hoy sale bastante más tapada que cuando va a la calle.

Ella no se mordió la lengua y respondió:

—Así es. Aquí hay muy poco de interesante y no vale la pena exhibirse.

Las puertas se fueron cerrando.

Doris me mostró algunas magulladuras que le habían hecho los fulanos que la habían tenido presa en su propio apartamento.

—La orden primera era de llevarme con ellos; pero luego recibieron una llamada. Habías logrado escapar a un atentado que te habían preparado y los de aquí debían convertir mi apartamento en una trampa para ti.

—He debido matarlos —dije.

—Prefiero que no lo hayas hecho. No por ellos. Esa gente no merece vivir; sino por ti. Me gustas por tu generosidad, tu desinterés... No puedo con la gente mezquina...

—Favor que me haces, rubia...

Salimos a la calle.

Antes de subir al coche le hice una revisión hasta llegar al convencimiento de que no le habían «puesto alas», para que volase, como habían intentado no hacía mucho aún.

Doris me miró sorprendida. Y tuve que explicarle lo sucedido, añadiendo:

—Aún llevo ahí el explosivo que me pusieron. Y pienso devolvérselo a Wayne. Porque fue cosa de él.

—Seguro.

—¿Conocías alguno de esos fulanos?

—Había visto en alguna ocasión a tres de ellos.

—Tal vez alguno tomó parte en lo de Donna. Creo que he actuado irreflexivamente —dije a la rubia.

—Se presentarán otras ocasiones en que podrás hacer lo que piensas porque ellos serán menos.

—¡Pues tienes razón! Eres inteligente, además de hermosa...

—¿Cuándo piensas devolverle el «paquete» ése a Wayne? —preguntó la chica señalando con aprensión para el explosivo.

—Ahora puede ser un buen momento. El estará preocupado con la muerte de Ridge, tratando de localizar al asesino.

—Es más que probable... Pero ¿no será mejor aguardar un par de horas y así se lo puedes entregar en el restaurante en donde acostumbra cenar? Delante de gente no se atreverá a lanzarnos a

sus perros.

La proposición de la rubia no estaba mal del todo. Pero yo le hice comprender que ciertas devoluciones no debían hacerse en lugares públicos.

Siempre acompañado de Doris y teniendo en cuenta lo que ella conocía respecto a Ridge, realicé algunos trabajos preliminares que confirmaron lo que sabíamos: había llegado de Brasil en aquel mismo día.

Saqué una lista de pasajeros llegados en aquel mismo día, de la misma procedencia y cuya edad pudiese corresponder con la del individuo que me había atacado en el apartamento de Ridge.

Recordaba perfectamente que el hombre tenía un cierto aspecto exótico a pesar de que hablaba el inglés característico de Brooklyn, ligeramente deformado tal vez por una larga ausencia.

La lista de nombres, con sus correspondientes profesiones, no era muy larga: Siete.

Pero aún no habíamos salido la rubia y yo de las oficinas del aeropuerto cuando ya había eliminado cuatro nombres. Me quedaban tres.

Fui a visitar a uno de ellos. Venía de paso.

Doris se hubo de quedar en el automóvil.

Tan pronto lo vi quedó claro para mí que no se trataba del asesino de Ridge.

El mostró su asombro por mi visita. Y le tranquilicé:

—No se preocupe. Han asesinado a un hombre y estamos haciendo una comprobación entre los viajeros procedentes de Brasil.

No dije que era policía y no me podían acusar por tanto de intrusismo.

Y el fulano se dio por satisfecho ante mi corrección y el hecho de que no molesté más que lo preciso.

Me reuní con Doris, a la cual dije:

—Tenemos que lograr una biografía de Ridge.

—¿Para qué la necesitas? Él está muerto, ¿no?

—Sí. Estoy convencido de que era él. He pensado sobre el hecho. El asesino actuó rápido y con seguridad, lo cual puede significar que lo conocía bien... —dije.

—Admitido —respondió ella, encantada de jugar a detective.

Yo conocía a un detective privado, antiguo policía. Se había retirado de la policía oficial porque como detective privado, aunque arriesgaba más, ganaba también bastante más. Y a él le gustaba vivir bien.

—¿Es urgente? —me preguntó.

—Sí —respondí.

—Haré lo posible para que la tengas dentro de un par de horas. Ese nombre me suena. Creo que estamos de suerte.

Cuando salimos de allí fuimos a la oficina de Wayne, el cual se había ausentado ya de ella.

Coloqué el explosivo que me habían dejado en el automóvil. Y lo conecté para que hiciera explosión cuando sonara un determinado timbre.

Lo hice de forma que daría un susto grande, posiblemente al propio Wayne, pero sin riesgo de que le hiciera ningún daño irreparable.

Aquello tranquilizó a Doris que en principio no se había mostrado demasiado entusiasmada con mi idea.

Hicimos la segunda gestión referente a los pasajeros llegados de Brasil aquel día.

No hubo suerte, no lo encontramos. Ni siquiera había estado en el domicilio que había dado.

Se trataba de un tal Lud Clayton. Y aquello me lo hizo sospechoso.

Aunque la cosa quedaba un poco lejos, decidimos hacer la última gestión en aquel sentido.

El tercero de los viajeros quedó desechado tan pronto lo vi.

Le armé un rollo semejante al del primero y me despedí de él presentándole mis excusas.

Naturalmente, tampoco le había dicho que yo era policía.

Una vez en el automóvil con Doris, comenté:

—Así, pues, de los siete viajeros, nos quedamos con Lud Clayton. Lo cual no significa que haya de ser él forzosamente.

Pasaba casi media hora de la normal cuando Doris y yo, felices, sonrientes, eufóricos, entrábamos en el restaurante al cual solía acudir William Wayne a cenar.

Nuestro exjefe estaba allí. Le acompañaba una linda aventurera que había renunciado al matrimonio, según ella, después de cinco

experiencias. A pesar de todo era joven: Veintisiete años. Tal vez era un récord.

Con ellos se hallaba Anthony L. Roche, un abogado muy bien relacionado, de bastante prestigio, al servicio de varias importantes compañías. Pero a mí me constaba que era un sinvergüenza.

Tal vez había sido él quien había empujado a la policía en el asunto de Ridge.

Se hallaba también con ellos Allan M. Foster, político que además se dedicaba a negocios de la construcción.

En otra mesa cerca de ellos, guardando la espalda a Wayne, se hallaban su segundo, Jerry Constant, y tres hombres más.

Pero nosotros no debíamos temer a Constant ni a los otros porque no íbamos a atacar por la espalda. Era algo que no nos iba.

Atacaríamos de frente. Y avanzamos sin dejar de sonreír mundanamente.

Pese al lugar y a la compañía, Wayne palideció ligeramente.

CAPÍTULO VII

Yo dejé que fuese mi rubia la que iniciase el fuego. Ella iba bien preparada.

Adelantó dirigiéndose a Wayne, al cual dijo:

—Bien, jefe. Después del sucio intento de secuestro, supongo que deberé considerarme despedida. Me envió usted lo más soez de sus pistoleros.

Lo dijo a media voz, para que quedase todo entre los que ocupaban la mesa.

La miraron asustados y sorprendidos.

Constant y los guardaespaldas parecían dispuestos a intervenir; pero bastó una mirada mía para hacerles comprender que la cosa sería mucho peor.

Wayne intentó mostrarse firme. Y respondió:

—Debo pensar que está usted loca y le hago un favor. De lo contrario, esa calumnia hecha ante testigos, le podría costar cara si la denunciase.

—¿Calumnia, jefe? Reconocí a tres de sus pistoleros... Por cierto, ¿fueron éstos los que obligaron a tomar el «LSD» a Donna? —dijo Doris.

—Me va usted a obligar a llamar para que la echen, señorita Shaw. Un espectáculo que no le favorecería en nada.

La amenaza de Wayne nos hizo reír.

Los pistoleros miraron a su jefe aguardando que éste diese la orden de actuar.

Pero Wayne, en aquel momento, más por sus acompañantes que por sí mismo, estaba asustado.

Yo consideré que debía intervenir y dije:

—Usted está habituado a los espectáculos fuertes, ¿eh, Wayne? Aunque a los más fuertes envía usted a Constant...

El aludido se levantó, dirigiéndose en tono bajo, como un

gruñido, a Wayne:

—Maldita sea, jefe. Déjeme...

Consideró Wayne que su segundo se había excedido y se dirigió a él tratando de contener la cólera que podía llegar a dominarle:

—No se meta en lo que no le importa, Constant.

Pregunté de improviso al irritado Wayne:

—¿Cuándo quiere que le devuelva la carga de plástico que pusieron sus hombres esta tarde en mi automóvil?

—Hace usted mal en provocarme —amenazó Wayne.

—¿Debo permitir que me asesine? Si al menos tuviese usted agallas para atacarme de frente; pero no. Es de los que envía a su gente. Para eso paga, ¿no es así, granuja?

Constant volvió a gruñir.

—Estos lugares están prohibidos a los perros. No comprendo cómo han dejado entrar a éstos, Wayne. Debe tener usted mucha influencia.

—Déjeme tranquilo, Bakers —pidió con expresión amenazadora Wayne, el cual se dirigió tanto a mí como a Doris, a la cual dijo—: Llévase de aquí, será mejor.

—Para usted, seguro que será mejor —dijo la rubia.

—Ya me voy, no debe temer. ¿Le envió el explosivo a su casa o lo entrego a la policía? Tal vez encuentren en el paquete algunas huellas reveladoras...

Doris tiró de mí; y acompañó a su acción de buenas palabras, dichas con compasiva expresión:

—Déjalo. Has logrado inquietarlo. Y él necesita toda su energía, toda su tranquilidad para buscar o hacer buscar al asesino de Bridge. Si llegase a encontrarlo la policía antes que Wayne, temo que éste no lo pasará nada bien.

—¿Temes? —pregunté yo—. Por mi parte me alegraría de que sucediese así y que Wayne terminase en la silla eléctrica. Es su sino.

Fingí que me dejaba arrastrar por Doris para volver atrás inmediatamente y preguntar a Wayne:

—¿Qué me da si encuentro al asesino de Ridge y se lo entrego a usted en lugar de entregarlo a la policía? Tengo tantas probabilidades de encontrarlo como usted. Y más que Constant. Sin ánimo de presumir, yo soy más inteligente que él.

Tanto la mujer que les acompañaba, como el abogado Roche y el

político Foster, se mantenían silenciosos, escuchando, sin intentar intervenir una sola vez.

Se notaba que estaban asustados, asombrados y un poco avergonzados, aunque dominaban bastante bien sus sensaciones como para no exteriorizarlas apenas.

Wayne logró dominar sus penosas impresiones y dijo:

—Puede hacer lo que crea conveniente. Yo le deseo mucha suerte, creo que la necesita...

—Todos la necesitamos —argüí yo.

—Sí; pero unos más que otros. Y usted la necesita —ocho— señaló con firmeza, como si sus palabras constituyesen una amenaza.

—No me amenace porque le vuelo la tapa de los sesos, cerdo. Aquí mismo —amenacé a mi vez.

Yo no estaba enfadado, pero fingía estarlo.

El miró aprensivamente hacia donde yo llevaba la pistola.

—Tengamos la fiesta en paz —pidió.

—Déjenos tranquilos y ya veré lo que se puede hacer. *Chao* — me despedí.

Me dejé arrastrar de Doris a un nuevo tirón de ésta.

Habíamos reservado una mesa por teléfono y nos dirigimos a ella.

Yo me situé de forma que podía vigilar los movimientos, no solamente de Wayne, sino de sus satélites.

La rubia y yo hubimos de realizar un esfuerzo para no reír a carcajadas.

—Estoy seguro de que Wayne no hará bien la digestión esta noche.

—Y hasta tendrá pesadillas y todo —respondió Doris, pensando en el explosivo que habíamos dejado instar lado.

—Cabe en lo posible. A lo mejor sueña que se le viene el mundo encima —señalé.

Llegó un camarero, al cual encargamos la cena, sin regateos, pero sin derroches.

Doris confesó cuando volvimos a quedar solos:

—Estoy asustada de mi propia audacia.

Para hacer tiempo, Doris y yo, después de cenar, nos fuimos a bailar.

Y desde el mismo local en donde bailábamos, me puse en contacto con Douglas Davis, el cual me dijo:

—Tengo algunos datos, pero me completarán dentro de un rato con algunos otros. Puedes venir ya...

—Vamos para ahí...

Doris, cansada, más por la tensión nerviosa vivida que por otra cosa, se alegró al pensar que podríamos descansar pronto.

El detective privado nos recibió a poco en su casa. Sonreía satisfecho.

—Ahí tienes —me dijo alargándome una hoja de papel, mecanografiada.

Dejó que la leyera en silencio y dijo luego, cuando al terminar yo se encontraron nuestras miradas:

—Como verás, el cadáver ha sido identificado como el de Kenneth Ridge.

—Yo no lo había dudado. Comprobé su identidad con la fotografía del pasaporte... —contesté.

El prosiguió:

—Como habrás observado, hace bastantes años, Ridge sufrió condena en

Sing-Sing

por entrar drogas clandestinamente.

—Sí, ya he podido verlo...

Había observado algo del máximo interés: uno de los hombres que había sido condenado al mismo tiempo que Kenneth Ridge se llamaba Lud Clayton. Justo como el pasajero procedente de Brasil que había dado las señas falsas.

Por el momento guardé silencio sobre mi descubrimiento.

Le señalé un punto que consideré interesante.

—Aquí se menciona a un tal Jefferson Dayton. Ridge lo acusó de ser quién financiaba las operaciones mientras Lud Clayton, que aparecía como jefe del grupo, regó tal actividad.

—Así es...

—¿Quién es Dayton?

—Tiene una importante tienda de antigüedades...

Al oír la palabra «antigüedades» respingué.

—¿En dónde? —inquirí.

—Es muy importante. Está en plena Tercera Avenida, cerca de la

calle Cincuenta y Siete. No tiene pérdida.

—¿Qué fundamento hubo en aquella acusación? —inquirí.

—No puedo decirte tanto. Uno acusó, otro negó y lo mismo hizo el propio Dayton... Ahora bien; parece que la vida de ese anticuario no está muy clara...

—Intentaré saber lo que puede ocultar la tienda de antigüedades.

Yo pensaba en las tres cabezas humanas reducidas al tamaño de un puño. Una buena mercancía para la tienda de un anticuario. Algo que no podía llamar la atención a nadie.

—Ignoro lo que puede ocultar —me respondió Davis—. Sé que los de represión de contrabando y tóxicos lo han vigilado en varias ocasiones, pero no han podido encontrar nada que se parezca a una organización de distribuidores de drogas prohibidas.

—Mejor para él —dije, pensando que tal vez en aquella ocasión no se trataba precisamente de drogas.

Si se continuaban vendiendo en régimen de libertad específicos que contienen barbitúricos, y el «LSD», las demás drogas prohibidas van a perder actualidad. Según algunas estadísticas, los compuestos de amfetamina estaban haciendo más daño que la marihuana, la heroína y la cocaína juntas.

Y es que todo evoluciona.

Releí el informe.

Había tropezado con un nombre que me resultaba conocido: Robert Reemick, conocido por «el Duque Bob».

«El Duque Bob» tenía un cementerio de automóviles en unos solares próximos a «the Bowery», entre los puentes. Manhattan y Brooklyn.

Reemick, o «el Duque Bob», había estado liado en el mismo asunto que Ridge y Clayton, aunque Reemick, había librado con una fuerte multa y seis meses de prisión, que cumplía por los días en que se veía la causa. Y así el hombre salió libre.

Pagué sus servicios a Davis, le di las gracias y tanto Doris como yo nos despedimos de él.

Cuando nos vimos en la calle, en el automóvil, recibimos la impresión de que Nueva York se nos derrumbaba encima.

Nos sentíamos solos, pequeños, en la inmensa urbe entre millones de habitantes de seres humanos.

¿A dónde ir?

Ni me lo preguntó la rubia ni yo a ella; sin embargo, ambos nos habíamos planteado la misma pregunta.

¿A dónde ir?

No convenía ir a mi apartamento, que estaría vigilado por la gente de Wayne. Otro tanto sucedía con el de Doris.

—¿No tienes familia? —preguntó ella.

—No. ¿Y tú?

—Sí; pero es mejor no ir allá.

No me explicó los motivos.

Ella no se lamentaba, pero yo me daba cuenta de que estaba cansada, necesitaba reposo.

—Tengo una solución... El apadrinamiento de Donna. No se le ocurrirá a nadie pensar que estamos allí.

—Siempre dije que eras un chico de talento. Pero cuidado no nos hayan seguido...

—No nos pudieron seguir —la tranquilicé—. Y de todas formas, iré con cuidado.

Dejé el automóvil en un aparcamiento cerrado, a bastante distancia de donde pensábamos pasar la noche y llegamos allí en un taxi.

Terminábamos de apearnos cuando llegó a nosotros el fragor no demasiado lejano de un tiroteo.

El del taxi exclamó en tono humorístico:

—¡Es la guerra! ¡Ya los tenemos ahí!

—¿A quiénes? —preguntó Doris asustada.

—No haga caso. Estas cosas no son frecuentes, pero ocurren. Nosotros lo sabemos bien...

Se había recrudecido el tiroteo, en el que no tomaban parte menos de ocho armas automáticas, aunque todas ellas no disparasen a la vez.

Se oía chirriar de frenos, se produjo un reventón y una llamarada.

—Los *gangsters* son los señores de la noche. Y yo daré ahora una vuelta para no pasar por las proximidades del «campo de batalla».

Se oyeron las alarmas de la policía.

Y el ruido de lucha comenzó a decrecer.

El del taxi me dio las gracias por la propina y se alejó en sentido

contrario al del «campo de batalla», como lo había llamado.

Tuvimos suerte de que no asomase nadie a curiosear y pudimos entrar en el edificio y llegar hasta el apartamento de Donna.

Entramos en él lo mismo que había entrado yo anteriormente...

Todo estaba tal como yo lo había dejado. Recibí la impresión de que ni siquiera Wayne se había atrevido a volver al lugar.

—¿Las pandillas de *gangsters*? —preguntó Doris refiriéndose al tiroteo.

—Seguramente. La lucha ha sido aproximadamente en el mismo lugar en donde hirieron a Donna y casi a la misma hora —señalé yo.

—¡También es coincidencia!

—¿Quién sabe? —pregunté—. Wayne tiene motivos para lanzar a su banda contra la del fulano que ha hecho asesinar a Ridge.

—No había pensado en ello...

Señalé para la alcoba de Donna.

—Allí tienes tu sitio. Yo me las arreglaré por aquí como pueda. Hay elementos de sobra.

—No irás a salir y a dejarme sola...

Confesé con sinceridad:

—No lo sé. Estoy dándole vueltas al asunto. A veces un retraso de minutos hace perder un asunto en el que se ha arriesgado incluso la vida, en el cual se han empleado muchas horas.

—Si sales, quiero ir contigo. Tengo miedo... —dijo la rubia.

—No tienes miedo. Estás demasiado cansada para poder seguirme... Y si salgo iré por lugares en los que una mujer es peligroso que se deje ver, más, si se tienen en cuenta tus muchos atractivos.

Me relamí golosamente.

Doris rió y se abrazó a mí, diciéndome al oído:

—Tengo muchos atractivos, pero tú te vas a largar.

Y seguramente a correr riesgos.

Me sentí con ganas de bromear y le respondí:

—Por muchos riesgos que corra nunca serán tantos como los que correría a tu lado.

Ella comprendió. Además de atractiva era inteligente y tenía una fina sensibilidad.

Y admitió:

—Está bien. Haz lo que consideres mejor.

—De acuerdo. Antes de salir cerraré bien por dentro.

Y después de que yo haya salido echas los pasadores de la puerta. Así no podrán sorprenderte aunque vengan con llave...

—Comprendo...

—Además, tienes el teléfono. A la mínima señal de alarma, llamas a la policía.

—¿Recuerdas que no estoy en mi apartamento?

—Lo recuerdo perfectamente. Y vale más que te detenga la policía a que te pueda machacar uno de los pistoleros de Wayne.

CAPÍTULO VIII

Para visitar a Robert Reemick a aquellas horas, resultaba más bien conveniente ir desaliñado de ropa, a pesar de su apodo «el Duque Bob».

Para comprenderlo hay que conocer aquella zona del bajo Nueva York, de una pobreza aplastante que contrasta con la pujanza de las hermosas avenidas y edificios que se encuentran un poco más hacia el oeste y el Centro de Manhattan.

Se podían ver por las callejas bastantes tipos turbios, escurridizos, caminando encorvados con las manos en los bolsillos.

Otros marchaban en plan desafiador, insultante casi.

Pero estaba claro que mi presencia imponía, sobre todo, cuando se fijaban en el bulto que bajo la ropa formaba mi pistola.

Tuve suerte al encontrar al «Duque Bob» cerca de la entrada del cementerio de automóviles.

El vestía con cierta prestancia, casi siempre ropa de segunda mano —o segundo cuerpo, según se entienda—, de la que se proveía en un prendero que la adquiría a su vez por poco dinero a criados de millonarios.

«El Duque Bob», cuando yo llegué discutía con dos jóvenes que resultaban atractivas pese a la pobreza desgarrada casi de sus vestidos, más bien escasos a pesar de que hacía frío, aunque no intenso.

Me reconoció enseguida, cuando aún me faltaban un par de metros para llegar al grupo que formaban.

Al verme, antes de saludarme, se las echó de encima diciendo:

—¡Está bien, chicas! Podéis quedaros en el remolque. Pero ni quiero tonterías ni que metáis ahí a nadie.

La mayor de las dos dijo:

—¡Gracias, «Duque»! Al único que meteríamos ahí es a ti y tú no nos quieres.

—¡Largo! —exclamó.

Repartió sendas palmadas, que ellas parecían esperar para que les sirviera de pretexto y echar a correr agitando las no muy abundantes, pero sí bien distribuidas redondeces.

Me tendió la mano y dijo:

—¡Pobres muchachas! Están reuniendo dinero con el ánimo de largarse a Australia. Dicen que allí es más fácil encontrar marido.

Casi sin transición, me preguntó:

—¿Qué necesita de mí, señor Bakers? Si hay que barrer a alguien, lo mismo que si necesita un automóvil de buen ver, o dinero, cuente conmigo.

—Ninguna de las tres cosas, Bob. Si tengo que barrer a alguien, lo haré personalmente, de hombre a hombre...

—De acuerdo, cuando se trate de alguien a quién se pueda considerar hombre; pero hay sucias sabandijas con las que no se debe ensuciar usted las manos.

—De acuerdo también... En fin, ni eso, ni auto, ni dinero...

—Como quiera. ¿Vamos a mi palacio? Allí no hace frío y se puede tomar algo que resulte agradable.

No era precisamente un palacio. Pero no estaba mal la cabaña en que residía Reemick, casi a la misma entrada del cementerio de automóviles.

Había calefacción, el piso era de madera, con gruesas alfombras y las ventanas estaban protegidas por espesas cortinas aparte de que el ajuste de las mismas, como el ensamblaje de las piezas que constituían las paredes, era perfecto.

—Además de esto y lo de ahí fuera, que es todo mío, poseo una buena cuenta corriente. No estoy seguro de merecerlo —dijo en un momento de sinceridad.

Me ofreció asiento y se dispuso a preparar unos bocadillos y café.

—Si quiere vino o licores, dígalos también. Hará mucho tiempo que ha cenado, es usted muy joven y está claro que consume muchas energías.

—No se ha dado mal el día. Y aún estoy de pie.

—Por necesidad —dijo él.

—Eso creo.

—¿Qué prefiere? ¿Hablar o comer?

—Podemos hacer las dos cosas.

—¿Informes? —preguntó.

—Sí.

—Pida...

—Conociste a Kenneth Ridge.

—Sí.

—¿Se llevaban bien?

—No. Ken habló más de la cuenta y parece que no había necesidad.

—¿Has visto hoy a Clayton?

Solté la pregunta tan de repente que no pudo negar.

Y le costó bastante decir:

—Sí.

—¿Ha estado aquí?

—Sí.

—Quería que le escondieses.

—Sí. Lo habían señalado bien.

—Fui yo —informé.

—¡Ah!

—Él había matado a Ridge. De haberlo matado por chivato, no me metería en el asunto. Pero lo ha matado por robarle.

—Eso no me gusta —dijo Reemick.

—No paró ahí. Intentó matarme a mí. Falló y le zurré, pero pudo irse de entre las manos. Y entonces se apresuró a chivarse a un amigo de Ridge para que él me echase encima a la «poli»...

—Cargándole la muerte de Ridge —terminó él.

—Justamente.

Movió cabeza en sentido negativo. Y dijo a continuación:

—Se estropea mucha gente. Y parece que Clayton ha sido de esos.

Tras un corto lapso de silencio prosiguió, diciendo:

—Entonces él tenía razón. Pero Clayton no me gustó nunca. Menos que Ridge, a pesar de todo.

—¿Qué ha sucedido hoy aquí, entre vosotros?

—Nada de particular. Yo tengo hoy un negocio respetable y le dije que no quiero líos.

—¿Se marchó pronto?

—Le invité, le ayudé a hacerse las reparaciones del caso y estuvo

llamando por teléfono. Comprendí que deseaba estar solo y me largué a dar una vuelta por ahí fuera.

—Así, pues, no tienes ni idea de a quién fue la persona que telefoneó.

—Ni idea.

—Gracias... Y ahora otra pregunta. No me molestaré si no la respondes. Se trata de una simple opinión tuya.

—Si se trata de una opinión mía, puedo darla. Cada cual es dueño de tener sus propias ideas, ¿no? —preguntó.

—Exactamente.

Encontraba cambiado a «el Duque Bob». La seguridad económica lo iba acercando bastante al tipo medio de gente, rozando ya con los aburguesados.

—¿Opinas que Jefferson Dayton hacía negocios con Clayton?

—Opino que sí. Por eso no le faltó luego nada a Clayton mientras los demás nos hubiésemos podrido. Menos mal que yo tuve bastante con la preventiva...

Al hablar así había rencor en Reemick, un rencor lejano, pero que le hacía retroceder a sus tiempos de hampón.

—Gracias otra vez, Bob. Creo que hay bastante. Porque estoy seguro de que ignoras a qué lugar ha ido Clayton a refugiarse.

—Lo ignoro. Pero si llegase a tener una pista, se la daría, señor Bakers. A usted le debo bastante, mientras que él... ¿Para qué hablar de eso?

Mientras hablábamos habíamos comido.

El alzó un vaso lleno de vino y yo le imité. Brindamos por la salud de ambos. Y también nos deseamos suerte en lo que llevábamos entre manos.

Hay quién llama las tempestades sobre su cabeza. Quien tiene días aciagos en que hasta quedándose en la cama, tropieza y se enreda.

Justo lo que le pasaba a William Wayne, el cual vio frustrado su negocio con Ridge.

Se lo estropeó Clayton como se lo hubiese estropeado yo de no adelantárseme el *gangster*.

No acabó ahí la cosa.

Según pude enterarme antes de abandonar la compañía de

Reemick, un grupo de pistoleros de Wayne se lanzaron contra otro grupo.

Según los informes de Reemick los otros estaban dirigidos por un tal Tomy Turpin.

Y Tomy Turpin había colaborado más de una vez con Jeff Dayton. Los hampones bien enterados decían que Dayton no se había retirado aunque su tienda de antigüedades le proporcionaba buenas ganancias.

Pero era solamente la tapadera de sus otras actividades, como la casa de confecciones y modas era la tapadera de las inconfesables actividades de Wayne.

Tomy Turpin era a Dayton como Jerry Constant era a Wayne. Es decir, su mano siniestra.

Y digo siniestra con toda intención porque uno y otro eran dos asesinos natos.

El choque lo inició Constant con su gente, dispuesto a abrir brecha en la gente de Dayton para llegar luego basta éste y sacarle por las buenas o por las malas lo que Clayton le había arrebatado a Ridge.

Pero a pesar de haber tomado la iniciativa, fue la gente de Wayne la que llevó la peor parte.

Jerry Constant quedó muerto instantáneamente en los primeros momentos del choque.

Otro hombre resultó gravemente herido a su lado.

Los otros dos que iban en el mismo automóvil hubieron de abandonarlo al incendiarse, dejando dentro al compañero herido.

Turpin y su gente no sufrieron ninguna baja y se esfumaron antes de que la policía pudiese intervenir.

Eso fue la información que recibió Reemick antes de separarnos; y él me la trasladó a mí.

Aquella era precisamente la batalla que se había librado cerca del edificio en donde se hallaba ubicado el apartamento de Donna y de la cual mi rubia y yo habíamos oído los «truenos» al dejar el «taxi» para subir a descansar.

Despertaba en mí el espíritu travieso. O lo que había de travieso en mi espíritu, como quieran.

Recordé el «paquete» explosivo que Constant y su gente me habían dedicado por orden de Wayne y que yo había devuelto,

dejándolo acondicionado, dormido... Hasta que lo despertase cierto timbre.

No era una hora muy apropiada para molestar a nadie. Y precisamente por eso llamé al piso de Wayne.

Repiqueó el teléfono sin que nadie acudiera.

Pero yo aguanté.

Al fin descolgaron el aparato telefónico a la otra parte. Alguien, con voz somnolienta, preguntó irritado:

—¿Cree que son horas de molestar?

Soltó una palabrota ofensiva. No hice caso. Ya saben que ofende el que puede, no el que quiere.

Respondí:

—Yo estoy levantado por culpa vuestra, cretino. ¡Así es que, fastídiate! Dile a tu amo que se ponga al teléfono. Soy Lud Clayton.

Sabía que le molestaría la palabra «amo» y lo demostró denostando contra mí, acordándose en su retahíla de casi todos mis parientes más próximos.

Yo estaba divertido y atento...

Wayne estaría oyendo todo aquello, llamaría al timbre para que le enterasen de lo que sucedía.

Y precisamente aquel timbre debía provocar la catástrofe.

No llegué a oír el timbre; pero sí oí la fuerte explosión y el ruido de la caída del fulano que se había, puesto al teléfono.

Yo sabía que a él no le habría tocado nada. Únicamente el susto. Tal vez a Wayne le habría tocado algo más, no mucho.

Por el hilo telefónico me llegaron ruidos confusos, mezclados con voces iracundas.

Corté la comunicación y me alejé riendo. Pensé en lo que se hubiese divertido mi rubia de haber estado a mi lado en aquel momento.

Ella estaría en aquel momento tranquila, descansando.

Yo estaba cansado; necesitaba también un descanso.

Pero pensé en lo que le había dicho a ella no hacía demasiado tiempo: «A veces un retraso de un minuto hace perder un asunto...»

¿Para qué seguir?

Adelante. Allí estaba el mundo del hampa, invisible pero vivo, palpitando en la noche neoyorquina.

Mi próximo objetivo estaba en la Tercera Avenida, cerca de la

Calle Cincuenta y Siete.

Era el momento adecuado. Tomy Turpin y sus muchachos se habrían esfumado después de su pelea con Jerry Constant y los suyos. No se dejarían ver en horas, tal vez en días.

Jefferson Dayton estaría solo. Si tenía alguien que le acompañase, sería alguno de los muchachos de menos valor.

Mentalmente agradecí a Wayne que al lanzar a su gente contra la de Dayton, me despejase el camino a mí.

Estuve a punto de telefonearle para darle las gracias. Pero desistí al pensar que él no agradecería mi atención.

Llegué frente a la tienda de antigüedades de Dayton.

Había silencio en ella y no se reflejaba ninguna luz.

Pasé despacio, examinando la posibilidad de encontrar una entrada.

La primera pasada no resultó alentadora.

Seguí adelante para volver a poco.

Entonces caminé cojeando ligeramente para que si me había visto alguien en mi anterior pasada, no me creyese el mismo individuo.

A distancia y con poca luz, era relativamente fácil engañar a cualquier mirón.

Aquella segunda pasada me permitió descubrir un hueco.

Con un poco de suerte y arriesgando bastante, podría entrar.

Podía también recurrir a alguna treta de esas que sacan a la gente de su casa. Pero esas tretas hacen picar a las personas decentes.

Jeff Dayton no tenía nada de fácil en ese sentido. No era persona decente, ¿está claro?

A la tercera pasada intenté el asalto. Y tuve éxito.

Me sirvieron de mucho mis fuertes y elásticos músculos, mi vida sana, mi preparación deportiva.

Estaba dentro casi cuando se produjo una complicación que me obligó a apresurar aún a riesgo de que me descubriesen.

Si no arriesgaba apresurando, entonces era seguro que me descubrirían.

Un individuo al cual no pude ver, había llamado discretamente a casa del anticuario.

Éste debía estar aguardándole porque no tardó en franquearle la

puerta. Seguramente se trataba de un indeseable, tan indeseable como el propio Dayton.

Así, mientras yo tenía que realizar mi penetración al margen de la ley, yo que me ponía a su servicio, un granuja podía actuar normalmente.

Pero ¿para qué hacer filosofía?

Lo mío era la acción.

Afortunadamente tuve suerte y apenas si hice ruido. Y el que hice fue tan leve que fue absorbido por el que hacían Dayton y su visitante que como actuaban normalmente no se privaban de nada.

Tuve una corazonada. ¿El visitante no sería...?

Alargué la cabeza mientras pensaba y estuve a punto de producir el desastre. Me aferré con todas mis fuerzas y sentí que afluía a mi piel un sudor frío.

CAPÍTULO IX

Al fondo de la trastienda se hallaba la pequeña oficina de Dayton, bien protegida.

Y a ella se dirigieron los dos hombres una vez que el anticuario hubo cerrado bien por dentro la puerta que daba al exterior.

Hube de situarme en el primer momento fuera de la trastienda, bien escondido.

Podía ver algo; pero me resultaba difícil oír. Perdía algunas palabras y ello a pesar de mi esfuerzo, de estar en mantenida tensión.

Y aquello no me convenía en absoluto.

El visitante quedaba fuera de mi radio de visión. Veía de él únicamente parte de la espalda.

Dayton realizó un pequeño desplazamiento para acomodarse en su asiento, y su visitante, que se disponía a tomar una silla me dio la cara.

Fue a contra luz, a pesar de lo cual lo reconocí inmediatamente.

Experimenté una salvaje alegría. Había tenido suerte, mucha suerte.

Allí, al alcance de mi pistola, tenía a Lud Clayton, el asesino de Ridge, el hombre que se me había ido de entre las manos, intentando luego colgarme el asesinato.

Al tomar asiento desapareció totalmente de mi vista.

Pero yo tenía ya bastante.

Desde mi observatorio busqué con la mirada un lugar adecuado que me permitiese oír mejor. Aquella entrevista, necesariamente, tenía que resultar del máximo interés.

Logré deslizarme sin que se dieran cuenta de mi presencia.

Y logré situarme en un lugar en donde no les veía; pero les podía oír perfectamente.

Era el *gangster-anticuario* quién llevaba la voz cantante.

—Antes de hablar de dinero, veamos de qué se trata. Los negocios no van bien y si no interesa mucho...

Interrumpió Lud, diciendo:

—No seas hipócrita, Dayton, no te hagas de nuevas. Sabes perfectamente qué es lo que traigo.

—No sé nada... Únicamente que se trata de tres cabezas humanas. Pero cuando Wayne está dispuesto a pagar treinta mil no siendo la mía ninguna de ellas, es que ocultan algo de interés.

Como habrán observado, Dayton se permitía hacer su humorismo y todo.

Lud, imperturbable, respondió:

—Son cuarenta mil; y llevan algo de mucho interés.

—Ridge vendía a Wayne por treinta mil.

—Ridge era estúpido. Ese dinero casi no paga ni los gastos. Así ha terminado él.

La expresión del granuja resultaba desdeñosa.

—¡Pero tú no has tenido apenas gastos! El viaje, únicamente.

—He arriesgado la piel, Dayton. Eso vale más que todo tu dinero.

—Bien, no discutamos ahora eso. Y veamos la mercancía —pidió el anticuario.

—Son tres cabezas. Poco que ver. Tú conoces ya cosas de ese tipo.

—Me refiero a lo que esconden...

—Lo que esconden son algo como pequeñas motas que habrían de ser ampliadas para poder conocer su contenido...

—Tengo equipo para ampliar —dijo Dayton—. Y soy un buen técnico en la materia. No siempre he sido anticuario.

Lo que pensé sobre Dayton no le hubiese gustado de conocerlo.

Lud dijo:

—Puedes ampliarlas. ¿Y qué? No creo que sacases gran cosa en limpio. Se trata de unas fórmulas...

—¿Fórmulas?

—Eso he dicho —manifestó Lud—. Han sido fotografiadas en determinado centro de estudio situado en Gran Bretaña...

Hizo una pausa y habló con mayor lentitud cuando dijo:

—Son fórmulas para ser empleadas en la guerra bacteriológica. Para lograrlas se han gastado más libras que dólares te van a costar

a ti.

Dayton silbó con expresión de asombro. Sin embargo era pura ficción.

Tanto Lud como yo nos dimos cuenta de ello. El *gangster-anticuario* sabía perfectamente, de antemano, la clase de género que le llevaba Lud.

Éste prosiguió imperturbable:

—Los principales científicos que han logrado las fórmulas, son biólogos alemanes, antiguos «nazis», que no podrían trabajar en su país. Al menos, en cosas de ese tipo.

—¿Eso le da más valor? —preguntó Dayton con ironía.

Me reventaba el anticuario, de verdad. Y le habría abofeteado de buena gana.

Si la sorpresa que había manifestado Dayton era fingida, la mía, que se había tenido que mantener sin expresión, no lo era.

Yo estaba asombrado de verdad.

Esperaba algo gordo de aquel asunto, pero no tanto. Había llegado a imaginar, como mucho, que la «mercancía» sería algo referido a un nuevo dispositivo para mejorar algunas de las armas ya en función, algo relacionado con la energía nuclear.

Tal vez podían ser, según mis ideas, algunos informes sobre acuerdos secretos entre grandes potencias.

Ya saben ustedes que los estadistas se reúnen, tratan cosas y cosas de cara a la galería, llegan a acuerdos que se airean inmediatamente.

Pero también llevan a cabo otros que no se airean, que se guardan en el más riguroso secreto y que suelen ser de tipo estratégico.

Pero no. Estábamos «jugando» con bacterias que podían destruir en poco tiempo a centenares de miles de seres inocentes.

Tales inventos me han parecido siempre propios de mentes torturadas.

Pero comerciar con ellos en el plan que se proponían hacer aquellos dos granujas, era mucho peor.

Merecían la silla eléctrica, y eso que no soy partidario de la pena de muerte.

Las armas bacteriológicas no me hacían gracia ni aún estando en manos responsables.

Pero ¿a dónde irían a parar aquellas fórmulas?

Porque Dayton no vacilaría en vender a quién fuese. A tres, a cuatro, a tantos compradores como le saliesen. No todos los estados pueden disponer de un equipo de científicos con los laboratorios apropiados para lograr fórmulas como aquéllas.

En cambio, para Dayton se reducía la cuestión a sacar algunas copias y envolver el asunto en el máximo misterio.

El anticuario dijo, respondiendo a Lud:

—No estoy seguro de tener comprador de esa mercancía.

—No seas hipócrita. Nos conocemos bien, ¿no?

—¿Qué quieres decir?

—Que te habías puesto en contacto con Ridge. Y que Ridge se negó a venderte. El muy bastardo te aborrecía... Yo sé que tienes compradores más que de sobra.

—No tan de sobra. Las cosas...

—No empieces con el rollo. Me lo Sé de memoria, viejo sinvergüenza. Y piensa que yo también tengo compradores. El primero de ellos, el propio Wayne.

—Wayne te lo compraría. Pero luego te haría volar la cabeza. Y haría perfectamente bien —respondió Dayton.

—No pienses que estoy en tus manos... En cuanto a Wayne ha quedado muy quebrantado, casi sin gente y piensa que se ha armado ya demasiada polvareda en torno a él. Pagará y se aguantará.

—Treinta mil. Es lo que Wayne pagaba a Ridge.

Yo estaba como sobre ascuas.

Recibí la impresión de que Lud se levantaba dando por terminada la discusión. Era lo peor que me podía suceder.

Lud dijo en tono burlón:

—Me voy. No me gustan las discusiones violentas. Luego, ya en serio, bajando la voz en tono de sorda irritación, siguió diciendo:

—Ni me gustan los regateos por una «mercancía» que vale cinco veces más. Cualquier gobierno pagaría los doscientos mil, seguro de que si intentaban lograrla por su cuenta les costaría el doble, el triple... Eso, de contar con los científicos adecuados.

Lud sabía bien lo que decía.

Y Dayton no desconocía que su compinche tenía razón, aunque pretendía ignorarlo.

—Siéntate.

—Cuarenta mil. Debiera cobrarte más por lo que me estás haciendo trabajar —respondió Lud.

—¡Está bien! Cuarenta mil. Pagaré veinte ahora, verificaré la mercancía y cuando abran los Bancos te daré los otros veinte mil.

—Dan ganas de patearte los sesos, vieja carroña. Los cuarenta mil, o me largo con el cuento a otra parte. Quiero salir a primera hora y lo conseguiré. Wayne me está esperando.

Suspiró el anticuario, que aparte lo de «gangster», tenía también mucho de avaro.

Lud no se había sentado. Se mantenía a mi vista, al alcance del fuego de mi pistola. Y yo soy un buen tirador.

Experimenté tentaciones de terminar allí mismo con el granuja; pero yo no podía convertirme en un asesino.

Dayton se puso en pie. Se le advertía contrariado. Al ponerse en pie, lo mismo que había sucedido con Lud, quedó ante mi vista, también a tiro. Reconocerán que era una verdadera tentación.

El anticuario había tomado las llaves de su caja y volvió a desaparecer de mi vista cuando se dirigió a ella.

Lud salió también de mi círculo de visión. No pude saber si se sentaba o permanecía en pie.

Llegaren a mis oídos leves ruidos de roces, en particular metálicos, al ser abierta la caja.

Y oí la voz de Lud, el cual dijo en tonillo burlón:

—Supongo que después de esto cambiarás la combinación de la caja.

—Supones bien. No es falta de confianza, pero ya sabes... —respondió el anticuario.

De pronto se interrumpió y le oí decir en tono que reflejaba alarma, temor:

—¿Es que te has vuelto loco?

Siguió el ruido de un golpe y un sonido gutural, estertoroso al que acompañó la blanda caída de un cuerpo.

Estaba claro. Una vez abierta la caja, Lud había atacado a Dayton, golpeándolo.

Abandoné mi escondite precipitadamente, en repentino impulso.

Fue un grave error porque al hacerlo volqué una pieza, un jarrón que se hallaba sobre un pie y que se hizo trizas al caer contra el

suelo.

Lud, asombrado, saltó hacia atrás y por un momento quedó al alcance de mi vista.

El hombre había desenfundado una pistola rápidamente aunque daba la impresión de que no creía que hubiese una persona en el lugar.

No creo que llegase a verme; pero tal vez el instinto le llevó a apartarse de un salto en el momento en que yo disparaba.

Debió librarse por milímetros en el caso de que no le hubiese rozado con mi bala.

Y replicó disparando contra la única luz encendida en el pequeño despacho en donde se hallaban.

Ambos llevábamos ajustado silenciador a nuestras pistolas y el ruido no era fácil que llegase a la calle y por tanto, que produjese alarma.

Lud temió verse acorralado y mostró su audacia, saltando como lo hubiese podido hacer un felino para salir de la pequeña oficina.

Disparé, pero no creo que le tocase ya que en la casi absoluta oscuridad, apenas si pude vislumbrar un momento su silueta en el aire.

No hizo ruido apenas al caer. Había medido bien distancias y tenía espacio libre suficiente.

Yo, en cambio, estaba casi cerrado.

Volví a disparar y me apresuré a esconderme.

Tiró tres veces consecutivas.

El fulano no estaba manco y demostró pronto que era un digno rival.

Tiré a mi vez.

Los fogonazos al destellar, descubrían nuestras respectivas posiciones.

Y nos obligaban a desplazarnos o escondernos cada vez que tirábamos.

Anteriormente había seguido el desplazamiento de Dayton y pude darme cuenta de la situación de dos conmutadores.

El último salto me dejó cerca de uno y aproveché para encender.

Riesgo inútil y tiempo perdido. Apenas había encendido un disparo de Lud destrozó la luz.

Y en aquella ocasión le alcancé aunque la bala no hizo más que

rozarle, pues el fulano las adivinaba todas.

Lancé un cacharro en dirección a dónde él estaba.

Disparó cuando lo descubrió por el aire. Y le acertó.

Menos mal que no me lancé yo en lugar del cacharro.

Segundos después se produjo como el derrumbamiento de una torre. Un verdadero estropicio provoca de hábilmente por Lud que quedó aislado de mí al interponer una barrera entre los dos.

Dayton gimió en su oficina. Fue el gemido de un agónico, algo que habría resultado conmovedor de no tratarse de un repulsivo sapo como aquél.

Luché por abrirme paso; pero Lud había sabido trabajar, le había acompañado la suerte y temí que se me escapaba otra vez de entre las manos.

Oí que hacía saltar la puerta.

Y le conocía lo suficiente como para saber que apenas se viese libre trataría de echarme encima a la policía, como ya había hecho la otra vez.

Por mi parte no sentía lástima alguna por Dayton. No debía quedarme allí a atenderlo, sino que debía pensar en salir yo cuanto antes.

Me ayudó el instinto y pude salvar la barrera que había tendido Lud, tal vez por el único sitio practicable.

Y luego asomé a la calle con las naturales precauciones para evitar que el asesino de Ridge me cazara.

Pero Lud, fracasado en su intento de aligerar la caja de caudales de Dayton, sabiendo lo mucho que arriesgaba si entablaba pelea conmigo en la calle, se había apresurado a hacer la del humo, desapareciendo.

Yo me apresuré también a largarme, comenzando por cruzar la avenida para deslazarme luego bien pegado a las casas, buscando los lugares no iluminados para detenerme a observar.

Pensé en que debía avisar por teléfono a la policía para que acudiesen al lugar de la refriega y prestasen asistencia al anticuario *gangster*. Un deber humanitario me lo imponía.

Pero pude observar pronto que no era necesario.

Estaba claro que Lud había lanzado la policía en mi seguimiento. Naturalmente la policía acudiría antes que nada a la tienda del anticuario en donde pensaría Lud que yo podía estar apresado aún.

¿Qué había logrado con mi repentino e incontrolado impulso al oír que Lud golpeaba a Dayton?

Sencillamente, salvar un dinero y tal vez la vida de Dayton.

Y a cambio de ello las dichas fórmulas habían quedado nuevamente fuera de, mi alcance, en manos de en granuja que no se detendría aquella noche hasta que hubiese conseguido venderlas.

Yo había adelantado bastante, pero no podía estar totalmente satisfecho. La verdad era que de no haber perdido los nervios yo podía haber sorprendido a Lud y las dichas fórmulas estarían ya en mis manos.

Y al decir en mis manos significaba que estarían en camino de las oficinas competentes del F.B.I., algo que me acercaría a lo que yo anhelaba: Lograr un puesto en tal organización.

Estaba cansado pero no podía detenerme a descansar.

Tenía que seguir. Pero ¿a dónde ir?

Tuve la impresión de que se cerraba el círculo. Los conocimientos de Lud parecían bastante limitados. Y a lo que había dicho, su comprador debería ser Wayne.

¿Y por qué había hecho aquella sucia faena a Dayton?

Para poder comprenderla tendría uno que ser un hampón degenerado como el tal Lud.

CAPÍTULO X

Mi hombre volvía a ser Bob Reemick Debía molestarlo de nuevo, aunque a él no le fastidiaría, sino todo lo contrario.

Entre las cosas buenas que tenía lucía el agradecimiento por encima de todo, el sentido del compañerismo bien entendido. Y pese a que se había ido aburguesando no perdía aquellas virtudes de solidaridad que se forjan con las situaciones difíciles.

Le llamé por teléfono y tardó algo en contestar, no demasiado.

Me extrañó que no gruñera.

—Lo siento, Reemick, pero...

—No se preocupe, señor Bakers. En realidad, esperaba que me llamase.

—Parece que el dinero no te ha estropeado, muchacho y me alegro.

—Seré siempre amigo de los amigos —dijo con sencillez conmovedora.

—Eso es estupendo... Veamos una cosa... ¿Estás solo?

—Sí. No traigo nunca chicas porque luego es difícil lograr que se larguen y no soy capaz de echarlas.

Prefiero ir a sus casas y así me largo cuando me parece bien.

—Bien entendido... ¿Sabes si Lud tenía algún motivo para aborrecer a Dayton?

—No creo que tuviese demasiados aunque Dayton es un sucio avaro. Pero Lud no necesita aborrecer a una persona para fastidiarla. Si cree que le conviene lo hace y tan tranquilo.

—Justo ha sucedido eso. No sé si lo habrá matado porque salí detrás de él; pero volvió a írseme de las manos.

—¿Cree que puede venir aquí? —me preguntó el «Duque Bob».

—Tal vez sí. No creo que tenga muchos sitios en donde refugiarse.

—Eso creo. A las malas personas les suceden cosas así.

—El necesita hacer gestiones. Tal vez las tenga medio hechas. Necesitará un teléfono y seguramente confiará en ti.

—¿Quiere que le avise?

—Yo andaré por ahí. Te llamaré...

—Pero si él está aquí...

—Te preguntaré por un determinado tipo de auto móvil. Si está me dices que no lo tienes. Y que no son horas de fastidiar...

—«Okey», señor Bakers...

—Si no está, podremos hablar con toda libertad. Y otra pregunta —dije.

—Usted dirá.

—¿Qué sabes del abogado Anthony L. Roche?

Reemick silbó cómo quien ha visto a una serpiente Me hizo reír porque resultó hasta cómico.

Luego dijo:

—Chillan los oídos de oír hablar de él. Defendió a Ridge, atacó duramente a Clayton y a Dayton. Pero esa clase de tipos son capaces de cambiar de caparazón tres veces en una hora.

—Has hecho un estupendo retrato de él. Gracias. Hasta luego.

—Hasta cuando quiera. Llame cuando necesite. Usted no molesta nunca y yo me siento contento de verdad si le puedo servir.

—Lo sé, gracias. Ya sabes que puedes disponer de mí...

Lo decía de corazón. Esos hampones, cuando se regeneran de verdad, no de escaparate, resultan estupendos.

Corté la comunicación.

Había llamado desde un «*snack-bar*» y me senté a la barra. Me habían servido café.

Una vez lo hube tomado volví a llamar por teléfono. En aquella ocasión llamé al apartamento de Donna.

Me respondió mi rubia. Su voz resultaba somnolienta.

Ella se alegró de verdad al saber que yo estaba vivo. Exclamó:

—¡Voy a reunirme contigo! ¡He descansado bastante! Terminaba de despertarme, angustiada de comprobar que no habías regresado.

—Continúa descansando, así mañana estarás más guapo. A lo mejor me entra la locura y nos casamos —le dije.

—¡Jimmy! ¡Tú debes estar muy grave! ¿Qué te ocurre? —preguntó deslumbrada.

—No es que yo esté grave. Estás muy hermosa y te echo de

menos. Una piel como la tuya debe adornar mucho un apartamento —bromeé—. Hay quién tiene pieles de oso o de tigre, pero a mí me dice mucho más la tuya.

—¡Cuando te pille me tendrás que repetir eso! ¡Y ya veremos como sales!

—No saldré. Me quedaré a tu lado —dije convencido de que la respuesta no le disgustaría.

—Todo eso es para dorarme la píldora por haberme dejado sola...

—Descansa. Y ya te contaré cosas...

Corté la comunicación. Yo quedaba tranquilo al saber que no le había sucedido nada. Y ella quedara tranquila también; hasta cierto punto, naturalmente.

Terminada mi conferencia con la rubia, llegaba para mí de nuevo la hora de actuar.

Actuar... Era fácil decir, pensar... O a la inversa, si ustedes quieren.

Pero yo había quedado desconectado, al aire. ¿Por dónde empezar de nuevo?

Era pronto para volver a llamar a Reemick.

La noche quedaba atrás. Estábamos en la madrugada. Y Lud quería marcharse en uno de los primeros aviones de la mañana. ¿En cuál? ¿Hacia dónde?

¿Y qué podía importar? Tenía un interés relativo, si ustedes quieren, que era el de atrapar al asesino de Ridge.

Aquella importancia palidecía ante el interés de evitar que las fórmulas que había legrado el granuja fueran a parar a manos criminales como las de Wayne, Dayton u otro negociante de la muerte por el estilo.

Me sentí como en una encrucijada. Y debía tomar una resolución antes de que fuese tarde.

Debía correr el riesgo de equivocarme.

Lud, en su conversación con Dayton había mencionado a Wayne como posible comprador.

Pero ¿y si había sido precisamente para engañar a Dayton?

Tal vez Lud no había pensado matar al anticuario, sino simplemente, llevarse su dinero dejándolo sin la mercancía.

Y por si Dayton volvía pronto en sí, lo lanzaba contra Wayne.

Así Lud ganaba el tiempo que necesitaba para realizar su mercancía y escapar.

Naturalmente, mi intromisión en el juego, aparte estropear uno de los proyectos de Lud, obligaba a éste a resolver con mayor rapidez.

Descarté a Wayne.

Lud habría necesitado demasiado tiempo para entenderse con él. Tenía que borrar antiguos rencores que Pegaban casi hasta la muerte. Y también los naturales recelos.

Yo no había preguntado en vano a Reemick sobre Anthony L. Roche, amigo y abogado de Wayne.

Roche era el hombre adecuado para servir de intermediario entre el asesino de Ridge y Wayne, el «gangster» cuya tapadera era la casa de modas y confecciones.

Roche además, era amigo de Allan M. Foster, político y hombre de negocios amigo a su vez de Wayne.

¡Vaya tres puntos de apoyo para una pirámide! —pensé.

Roche, en materia de negocios sucios, podía servir también de intermediario entre Wayne y Foster.

Porque no podía imaginar al político dando la cara, comprometiéndose personalmente, particularmente con Wayne.

¿A qué pensar más?

Anthony M. Roche era mi hombre, debía decidirme por él.

Lo malo era que tenía dos direcciones. La de su domicilio particular, en el cual tenía también una pequeña oficina. Y su oficina, en donde recibía y despachaba con sus clientes, particularmente cuando se trataba de hampones.

De nuevo la duda.

Me decidí pronto telefoneando a su casa. Pero respondieron con bastante retraso.

Por su peculiar forma de hablar me pareció que era un negro. No pregunté por Roche, sino que dije:

—¿Está tu amo ahí?

—No señor, estoy solo. Pero no tengo amo. El señor...

—Pregunto por el doctor Frankie.

—Aquí no es casa del doctor Franckie sino del abogado señor Anthony L. Roche.

Hablaba el negro con voz cansina, alargando las sílabas.

Yo sabía lo que deseaba. Roche no estaba en su casa particular. Y el sirviente no le llamaría al lugar en donde pudiese estar avisándole que habían preguntado por él.

Yo ahorraaba asimismo explicaciones.

—Me he equivocado. Siento haberle molestado. Espero me perdone... —dije amablemente.

Corté la comunicación para evitar la lenta verborrea del negro. Él me habría perdonado, con toda seguridad.

Y yo gané tiempo para encaminarme al lugar en donde el abogado tenía su oficina.

Había silencio, había quietud, en el lugar.

Y continuó el silencio y la quietud durante un buen número de minutos, hasta obligarme a pensar que tal vez me había equivocado.

Me acordé de Reemick, y me disponía a buscar un lugar desde el cual poder telefonearle, cuando descubrí las luces de un automóvil que llegaba a velocidad que rayaba casi en lo prohibitivo.

Tras el primer automóvil iba otro.

Y ambos fueron remitiendo en velocidad a la vez que se acercaban al borde de la acera, deteniéndose al fin frente a la entrada del edificio en donde estaba la oficina del abogado.

Yo había contado con aquello y me había situado en un lugar donde no me enfocasen con facilidad las luces de los automóviles.

Faltó poco, pero me libré.

Tanto del auto que iba en vanguardia como del segundo, saltaron varios hombres con movimientos isócronos, dando la impresión de que estaban instruidos ejemplarmente para proteger a su jefe.

En breves instantes quedaron cubiertas las inmediaciones de forma que no habría sido fácil atentar contra la vida de Wayne, que fue el último en bajar del primero de los automóviles.

Permanecí inmóvil, sin atreverme siquiera a respirar.

En aquel momento, cualquier movimiento habría desencadenado sobre mí una verdadera tormenta de balas.

En el edificio, precisamente en el segundo piso, se abrió una ventana. Lo advertí inmediatamente por la luz.

Asomó alguien que tras comprobar que el llegado era Wayne, se apresuró a meterse dentro y a cerrar, todo ello sin ruido.

Me pareció que quién asomaba era Roche.

Wayne dio instrucciones rápidamente a los dos conductores.

Y él entró en el edificio, acompañado por los cinco hombres que con él, se habían apeado de los automóviles.

Inmediatamente los dos automóviles reanudaron la marcha, separándose de allí a velocidad normal.

Estaba seguro yo en aquel momento de que no se alejarían demasiado, sino que se limitarían a quitar los dos vehículos de la vista.

Unos dentro del edificio, otros de la calle, desaparecieron pronto y yo pude salir de mi escondite.

Había tenido tiempo para reflexionar y por tanto mi decisión estaba tomada ya.

En un «*snack*-bar» próximo había un teléfono público.

En aquella ocasión pedí que me sirvieran *whisky*. Y para que no me lo adulteraran me lo llevé a la cabina. Así charlaría y bebería.

Cuando respondieron a mi llamada percibí una voz masculina, desconocida.

Más que falta de amabilidad, había agresividad; pero yo no me acoquiné y pedí:

—Quiero hablar con Dayton.

—¿Quién es usted? ¿Qué tripa...?

No lo dejé terminar.

—Ninguna tripa. Y él no va a estallar porque le hable por teléfono. Si vive, a mí me lo debe...

Yo sabía que aquellas palabras harían impacto en el individuo que estaba al teléfono, el cual no me pareció que fuese policía.

Pero harían más impacto aún en Dayton.

El fulano pareció vacilar.

Y yo me eché un trago al colete.

Pensé en mi rubia. Posiblemente se habría desvelado después de mi llamada.

Y ansié como nunca volver a su lado, pensando en su alegría. Y pensando también en que cerca de ella se estaba estupendamente.

La voz de Dayton me llegó temblona aún cuando yo evocaba la figura de mi rubia en la encantadora semidesnudez en que se debía hallar.

—¿Qué hay?

—Soy quien evitó que Lud le rematase y se llevase la pasta...

—¿Cuánto quiere por el servicio? —preguntó.

Había ironía en el fondo de su expresión. Estaba bien vivo.

—Nada. Soy amigo de Ridge y seguía a Lud para despacharlo. Falló la cosa y el fulano se me fue de las manos.

—Dígaselo a la «poli»...

—Podía haberlo hecho antes. Pero no soy de los que acuden a ella para resolver mis cosas...

Siguió un silencio que rompió él con expresión más humana.

—Está bien. ¿Qué quiere de mí?

—Sé en dónde está. Pero son demasiados para mí...

Era una buena explicación. Tras otro lapso de silencio preguntó:

—¿En dónde?

—En la oficina de Anthony L. Roche. Termina de llegar Wayne y con él cinco «gorilas». Y otros dos se han separado de aquí en sus autos. Pero supongo que no estarán demasiado lejos y que volverán por los otros...

—«Okey», muchacho.

—Lamento el estropicio de ahí. Pero fue cosa de él...

Se cruzaron algunas frases más, pero sin importancia.

Yo quedé seguro de que lo había convencido.

De todas formas, no me quedaba más que esperar. Todo lo más, una media hora.

CAPÍTULO XI

Terminé en el «*snack-bar*» y fui a situarme convenientemente.

Y dejé transcurrir el tiempo, recibiendo la impresión de que lo hacía con desesperante lentitud.

Lo que me inquietaba al discurrir de los minutos era no ver moverse a nadie.

Tal vez no había logrado convencer a Dayton, contra lo que yo había imaginado y él pensó que se trataba de una trampa.

Sin embargo decidí esperar.

En el peor de los casos yo sabía en donde quedaba el secreto y podría recurrir a la policía, incluso para que detuviesen al asesino de Ridge.

Sin embargo, me molestaba tal idea.

Entre otras cosas, porque tendría que explicar algunos movimientos míos hechos al margen de la ley y que con un hábil abogado en contra, me podrían fastidiar.

Wayne dispondría de tal abogado aunque no fuese precisamente Anthony L. Roche, el cual tendría que tomar asiento en el banquillo de los acusados aunque no fuese más que como mediador entre los negociantes de la muerte.

Distraído en tales pensamientos vi que se abría la puerta del edificio en que se hallaba la oficina del abogado.

En el mismo instante hicieron acto de presencia en la calle los dos automóviles que habían traído a Wayne y sus «gorilas».

Habían sabido sincronizar sus movimientos; o simplemente los habían avisado por teléfono.

Apenas si se habían detenido los automóviles cuando sus conductores abrieron las puertas de ambos.

Del portal del edificio salieron dos hombres que cubrieron la acera.

No llevaban las armas a la vista, pero estaba claro que las

mantenían dispuestas para tirar.

Luego salió Lud Clayton.

No lo hizo por su gusto, sino porque le empujaron violentamente desde dentro.

El hombre trastabilló y estuvo a punto de caer.

Profirió un insulto contra los «gorilas» y uno de ellos lo zancadilleó, lanzándolo al suelo en donde le propinó un fuerte puntapié que lo hizo aullar.

Rieron los «muchachos» de Wayne, dos de los cuales salieron detrás de Lud.

Y tras ellos se dejaron ver el propio Wayne y otro de sus pistoleros.

Acaricié mi pistola y tracé rápidamente un plan de ataque. Tenía que deshacerme de ocho individuos y eso era mucho, demasiado.

Tendría más probabilidades a mi favor si los dejaba subir a los automóviles, los cuales se podían convertir en unas trampas.

Bastaría con incendiarlos.

Apenas tomada mi decisión, cuando golpeaban de nuevo a Lud para que se levantase, hicieron su aparición los muchachos de Dayton.

Reconocí a Tomy Turpin, el jefe, que marchaba en cabeza y el cual comenzó a soltar plomo sin avisar.

Wayne saltó hacia atrás, escondiéndose en el portal a la vez que desenfundaba un arma.

Y comenzó a tirar, recordando tal vez sus años juveniles.

Lud me dio la impresión de que se estremecía; pero inmediatamente después comenzó a deslizarse con rapidez, de la forma en que lo hubiese podido hacer un lagarto.

Y su fino instinto le condujo hacia el lugar de donde no salía plomo.

Precisamente el lugar en donde yo me hallaba contemplando el espectáculo.

Habían caído ya tres de los pistoleros de Wayne y uno de los atacantes cuando Lud legró salir del centre de fricción.

Entonces medio se incorporó y pude darme cuenta de que no estaba herido.

Desenfundé mi pistola y cuando vi que él se disponía a huir, se la metí materialmente debajo de la nariz.

Volvió a respingar ante la sorpresa que representaba para él mi presencia.

Y reaccionó inmediatamente agachándose a la vez que se ladeaba.

Yo esperaba una maniobra semejante y en lugar de disparar bajé la pistola la cual le apliqué en seco golpe ligeramente debajo de la oreja.

Se estremeció al impacto y giró ligeramente a la vez que bizqueaba.

Yo estaba fastidiado por el trabajo que me estaba dando, por lo que había expuesto y exponía y le descargué otro golpe en el puente de la nariz.

Aquello fue definitivo y el granuja inició la caída.

Lo aferré para evitar que se desplomase y llamase la atención de los que proseguían la dura lucha.

Recibí la impresión de que la gente de Wayne llevaba la peor parte y de que los atacantes, vencida la resistencia en la calle, se metían en la casa, dispuestos a dar caza, no solamente a Wayne, sino posiblemente también al abogado Roche.

Era algo que yo estaba deseando aunque luego tuviese que recobrar las tres cabezas comprimidas, con su carga de fórmulas.

Porque si mal estaban en manos de Lud, peor estaban en las de Wayne o Dayton.

Pero había tenido que correr ese riesgo.

Pude arrastrar a Lud hasta sacarlo de la comprometida zona. Salimos a poco de la calle, mientras continuaba la lucha y una vez fuera de la vista de los pandilleros, cargué con Lud al hombro, hasta refugiarme con él en un pequeño parque próximo.

El golpe último había sido suficiente para someterlo, pero no había llegado a dormirlo.

Sin embargo, una vez en el parque él fingió hallarse en la región de los sueños.

Para demostrarle que no me engañaba le abofeteé primero, lo zarandeeé a continuación y finalmente le dije:

—Escucha, sucio asesino. Déjate de trucos y vuelve en ti o te pateo. Y entonces irás de un salto al otro barrio con los riñones y las tripas destrozados.

Lo merecía el inmundito reptil que tenía tendido en el suelo a mis

pies. Y él comprendió que en aquel momento de excitación yo habría cumplido mi amenaza.

—¿Qué sucede? —preguntó fingiendo que volvía en sí.

—Lo sabes demasiado, bastardo. ¿En dónde están las tres cabezas?

—Las dejé en manos de ese cerdo traidor de Wayne. Debieron haberme cortado antes las manos.

—Todo puede llegar. Hablaremos de eso.

Fue una inspiración momentánea. Amordacé al granuja, al cual até luego rápidamente de pies y manos.

No satisfecho con eso lo amarré a un árbol, para que no se pudiese alejar.

Y volví sobre mis pasos, al punto de la refriega. Antes de llegar tropecé con un policía uniformado que había sido puesto fuera de combate y amarrado.

Entonces me expliqué que no hubiese acudido aún ninguno al lugar de la pelea.

La gente de Dayton sabía trabajar.

Lo dejé tal como estaba. Importaba lo otro bastante más.

El tiroteo en la calle había cesado. Seguramente lo habían oído en más de una casa, pero nadie osaba asomarse por temor a una bala perdida o a una represalia.

Cuando llegué al portal de la casa, por el ruido me percaté de que se luchaba arriba.

Había quedado de guardia un hombre abajo.

También la gente de Dayton había llevado lo suyo, según pude comprobar.

Sorprendí por la espalda al que vigilaba y lo derribé de un golpe.

Y me acerqué al cuerpo de Wayne, que se hallaba caído boca abajo en el suelo.

Lo volví boca arriba.

No estaba muerto, aunque parecía herido de consideración. Y estaba desmayado, sin duda alguna.

Sin embargo, entre ambos brazos mantenía aferrado un paquete.

No era necesario preguntar a nadie. Tenían que ser las tres cabezas.

Tomé el paquete y en aquella ocasión fui yo quien se apresuró a desaparecer.

La gente de Dayton parecía haber terminado su «trabajo» en la oficina de Roche y descendía rápidamente.

Pero antes de que ellos descendieran a la calle ya había girado yo por la próxima esquina en dirección al parque.

Siguió pareciéndome extraño que no acudiese la policía y pensé que no habría sido un solo agente el inutilizado por los pandilleros de Dayton.

Cuando llegué al lugar en donde había dejado a Lud, éste forcejeaba para librarse de las ligaduras y la mordaza.

Le asesté un puntapié, para que se estuviese quieto.

El chico, tan pronto le quité la mordaza tras la «caricia», me prometió que sería buen chico y disciplinado, como había sido en el colegio, de pequeñito.

Cargué con él nuevamente y lo llevé hasta el lugar en donde había quedado el automóvil.

Tenía motivos suficientes para sentirme satisfecho. Dos bandas de granujas destrozadas.

Y las famosas cabezas con el secreto que ocultaban, en mi poder.

Una hermosa rubia aguardándome con los brazos abiertos.

¿Hay quién de más?

Para evitarle el susto avisé a la rubia por teléfono.

Y le anuncié que llevaba conmigo un «amigo» en plan de visita.

Doris estaba detrás de la puerta, aguardando y apenas oyó que llegábamos, abrió.

No le gustó el aspecto de Lud. Por si no lo comprendí al ver su gesto, me dijo:

—Si quieres ser alguien en la vida debes dejar esta clase de amistades. Sin embargo estoy dispuesta a hacerle los honores. ¿Qué quieren tomar?

Debía estar medio dormida aún.

Respondí:

—Para mí un *whisky*. No creo que tengas leche por ahí...

—La verdad, no tuvo tiempo de pensar en ello...

—Para mí amigo un vaso de vitriolo...

Su mirada reflejó asombro, ignorando si yo bromeaba o hablaba en serio.

Proseguí:

—Antes de seguir adelante haré las presentaciones. La rubia es

Doris Shaw. Nos hemos prometido y es muy posible que nos casemos antes de que sea totalmente de día.

Ella dio un salto. Su gesto se transfiguró.

Y es que en cuanto oyen hablar de matrimonio, ¡hay que ver cómo se ponen!

Proseguí la presentación.

—Mí «amigo» es Lud Clayton. Asesinó a Kenneth Richard. Traicionó a Jefferson Dayton, a quién debía bastante. No lo mató y lo saqueó luego porque intervine yo.

Doris volvió a su expresión de asombro. Tal vez llegó a pensar que yo estaba loco.

Y miró a Lud con repugnancia.

Éste me miró a su vez con expresión que reflejaba odio desesperado.

Dejé sobre una mesita ratona el paquete que debía contener las tres cabezas y dije a mi rubia:

—Toma, ábrelo. Ése puede ser mi regalo de boda. Por un lado tres repugnantes cabezas pero que un anticuario o un coleccionista pueden pagar bien. Y en su interior algo que no vamos a vender porque no negociamos con la muerte. Será un bien que habremos hecho a la humanidad.

Mi rubia preguntó:

—¿Los originales no han quedado en el centro de estudios de Gran Bretaña?

—Sí, lo he pensado; pero si sacamos copias y las damos a tres o cuatro países de forma abierta, los otros estarán al descubierto de su secreto y la terrible arma quedará anulada automáticamente.

Mi respuesta deslumbró a la rubia que me abrazó estrechamente. Yo me dejé abrazar y hasta tomé parte en el abrazo. La chica lo merecía.

Luego dijo convencida:

—Tienes talento, Jimmy.

—Ya me lo has dicho otras veces, y me voy a poner tonto. Además, los hombres de talento no se casan...

—¡Bah! Se casan también. ¿Serías capaz de resistir a una rubia como yo?

Adoptó una actitud provocativa.

De no haber estado presente Lud, no sé lo que habría pasado en

aquel momento.

—No, no soy capaz de resistir... —admití con toda sinceridad.

—Menos mal. Si llegas a decir que sí serías capaz de resistir, me teñiría el pelo de negro y me broncearía toda la piel. ¿Me imaginas toda bronceada? —preguntó con máxima coquetería.

No había abandonado su provocativa actitud y para agravar la cosa se cimbreado de manera alucinante.

Me faltó poco para caer desmayado.

Lud estaba fastidiado, pero no se atrevía a intervenir, temeroso de llevar leña.

—Deshaz el paquete, rubia.

Ella lo tomó entre sus manos con cierta aprensión y comenzó a desliarlo.

—Aquí, cerca de Lud. Si contiene un explosivo, que vuele él también contigo —dije en tono de broma.

Mi rubia, despavorida, soltó el paquete en mis manos y corrió a refugiarse detrás de un sillón.

Me reí con ganas. Ella amaba la vida. Era lógico.

Deshice el paquete y las tres cabezas quedaron a nuestra vista. Tres piezas de museo, de verdad, pero que a mí me resultaban repulsivas.

En principio me sentí desconcertado.

¿En dónde se podían encontrar las diminutas reducciones fotográficas?

Busqué en algunos resquicios que ofrecían las cabezas y no encontré nada.

Mi rubia, al no producirse explosión alguna, había abandonado el parapeto.

Miré a Lud. Había empalidecido y miraba fijamente para mis manos, temeroso de ver partir de ellas el golpe que lo dejase en inferioridad.

—Vamos, Lud. Di en dónde está la «mercancía».

Se pasó la lengua por los labios secos. Y dijo finalmente:

—No lo sé. Tiene que estar ahí.

—No mientas. Sabes bien que no está ahí —dije.

—Tal vez la quitó Kenneth una vez que introdujo las cabezas por aduana.

—Ridge era un sinvergüenza, pero de los que se pueden calificar

de honrados. Él no habría engañado a Wayne ni a nadie. Cuando se las quitaste tras asesinarlo, la mercancía iba ahí.

Lo dije convencido. Y proseguí:

—La has sacado y la has escondido para sacar la pasta primero a Dayton, luego a Wayne y llevarte al fin lo esencial para venderlo en otro sitio. Vamos, granuja...

—De verdad... —comenzó a decir.

Aunque esperaba el castigo no lo pudo evitar porque le llegó por dónde no lo esperaba.

Le aticé un puntapié en una pierna y aulló dolorido, encorvándose para llevar las manos a la parte afectada.

Y al doblarse le rocé los nudillos en un pómulo. Fue un golpe bien calculado que, casi sin tocarle, le abrió una brecha.

Se dejó caer con otro gemido y le asesté un puntapié en los riñones.

Se contrajo y giró al propio tiempo, como lo podría hacer un gusano.

Después de todo, él era eso, un repulsivo gusano.

Le perseguí y le golpeé otra vez.

Dio un alarido, se retorció y empuñó una banqueta, estaba en posición de lanzármela y la disparó la única luz encendida.

Parecía su truco favorito y yo lo debía haber previsto.

Tan pronto hizo impacto en la luz dejándonos a oscuras, se escabulló corriendo en dirección a una de las salidas de emergencia.

Corrí detrás de él y le arrojé una banqueta.

Cayó de forma estrepitosa, quedando frenado.

Pero se hizo inmediatamente con la banqueta y la lanzó a mis pies sin darme ocasión a que la esquivara.

Y entonces fui yo quien cayó.

Él se levantó mientras yo caía.

Y no se molestó en abrir la salida, sino que se lanzó contra los cristales, rompiéndolos.

Una vez en el otro lado se aferró a una barandilla para evitar la caída en el vacío.

Y luego, rápidamente, comenzó a descender.

Yo había llegado ya a la salida y protegiéndome con un brazo de los cristales astillados, salí también.

El miró para arriba. Al verme aceleró su descenso y entre las dos

cosas dieron al traste con la seguridad de que había dado pruebas hasta entonces.

Perdió pie. Quiso asirse a la desesperada, pero le fallaron las manos, dio un aparatoso traspié y se vio lanzado al espacio.

Gritó de manera espeluznante.

Yo preferí no ver lo que sucedía y cerré los ojos.

Poco después oí que su cuerpo se estrellaba contra el piso de la calle.

Se podía asegurar sin temor a sufrir error que allí había terminado la historia de Lud Clayton.

Volví atrás y me dirigí a mi rubia que estaba asustada.

—Vamos, pequeña. Procura no olvidar nada de lo tuyo.

Yo, mientras ella recogía las pocas cosas que había llevado, volví a empaquetar las cabezas.

Poco después estábamos en la calle, sin saber adónde ir. De verdad que la situación no tenía nada de agradable.

CAPÍTULO XII

Una vez en la calle se aferró de mi brazo.

—Tendremos que ir a tu apartamento o al mío. Estoy cansado.

Me miró asustada.

—Tengo miedo y me acercaré demasiado a ti...

No había pensado en ello. Y la cosa resultaba comprometedora. Viéndola a ella lo comprenderían enseguida.

—Está bien. Somos libres, tenemos licencia... Nos casaremos antes.

—¡Creerán que estamos locos! —exclamó.

Simuló que estaba escandalizada para hacerme la cosa un poco difícil y por tanto, más deseable.

—Todos los que se casan están locos de remate. Y los que casan lo saben. ¿Tienes una solución mejor?

—No, la verdad. No quiero que pienses en que te ves obligado...

—Pensar es nocivo, rubia. Ya ves lo que va sucediendo por detenernos a pensar demasiado... —dije yo.

La sentía tan cerca, resultaba tan atractiva que no era cosa de detenerse a pensar, créanlo.

Sí, ya sé que luego van surgiendo crudas realidades, que la poesía de la juventud, se evapora... ¿Y qué? Si lo dejamos para más tarde sucederá lo mismo y habremos perdido un tiempo precioso.

Estábamos ante una capilla. Al lado un juez de paz. Todo se ponía a favor nuestro. O en contra, según piense cada cual.

—¡Al ataque! —grité.

La tomé de la cintura y corrí con ella.

La cosa fue breve. Y entonces, una vez en la calle camino de su apartamento, fue ella la que dijo:

—¡Al ataque!

Se me puso la carne de gallina, palabra.

Me despertó la risa de mi rubia.

Y di un salto en la cama sin darme cuenta aún de en dónde estaba y de lo que había pasado.

—¿Qué sucede? —pregunté.

—Me he reído pensando en el susto que se llevaría Wayne cuando la explosión. Parece que no le sucedió nada, aparte del susto.

—La verdad es que no hubo ocasión de referírtelo. Lo oí por teléfono.

—He imaginado algo así. Eres de los que no perdonan.

—No lo creas. A ti te he perdonado ya...

Ella hacía rato que estaba levantada y había preparado el desayuno.

Vino con él sobre una mesita de ruedas y tomó asiento a mi lado. Luego me alargó el periódico y dijo:

—Lo he leído ahí... Debes sentirte satisfecho...

—¿Por mi fracaso? —le pregunté pensando en que no habíamos logrado apoderarnos de las peligrosas fórmulas.

—Las fórmulas deben estar perdidas Seguro que Lud las habría escondido y se ha llevado el secreto con él.

—¿Se mató? —pregunté innecesariamente.

—Sí. Y parece que la policía tiene todo el asunto bastante liado. Creen que Lud fue en busca de algo a casa de la «amiga» de Wayne...

—¡Pobre Donna! —exclamé—. Ni aún loca tienen la menor delicadeza con ella.

—No puedo con esta forma de escribir de estos periodistas sensacionalistas que buscan la parte escandalosa, sucia, de los asuntos...

—Ni yo tampoco. Algún día le machacaré la nariz a alguno.

La rubia prosiguió:

—Imaginan que alguien de la banda de Wayne lo pescó, lo persiguió y lo hizo caer o lo arrojó por la ventana...

Eché un vistazo. Había una fotografía de la ventana, destrozados los cristales por el impacto del cuerpo de Lud.

Ella señaló otro lugar y prosiguió para ahorrarse vista:

—Allí relata el choque que hubo entre las dos bandas. No saben a qué achacarlo... Luego, el segundo choque y no se explican que

los vencedores intentaran vengarse de los vencidos.

—Son tontos. Deben pensar que los vencedores han querido barrer a los vencidos para evitar represalias posteriores.

—Es verdad. A mí tampoco se me había ocurrido.

—Porque sabes bien que fui yo quien lancé a Dayton contra Wayne...

—Wayne está grave —comunicó la rubia—. El abogado Roche resultó muerto. La policía busca a los supervivientes de la banda de Dayton. Habían desarmado y golpeado a tres policías, dejándolos amarrados, para que no pudiesen acudir al lugar de la refriega.

—Lo sabía de uno —dije—. Lo suponía de otros. Aquello resultó un poco sospechoso pues la lucha duró bastante.

—Pues ya lo tienes explicado.

—¿Y Dayton...? —pregunté.

—Ahí lo tienes, en «Última hora». Fue ametrallado por los tres supervivientes de la pandilla de Wayne. Alguien le avisó que la policía iba a detenerle tras una denuncia que Wayne había hecho contra él. Y cuando se disponía a huir lo cazaron.

—¿Y la policía iba a detenerle?

—No. Wayne no había podido hablar. Se piensa que fue una treta de los pandilleros de Wayne, para sacarlo de casa...

Me rasqué el cogote. Todo estaba claro, menos lo que se refería a la «mercancía». Claro para mí, naturalmente, porque la policía lo tenía bastante confuso.

Debía conformarse con haberse librado de dos bandas de granujas.

Yo no podía creer que Ridge hubiese sacado la «mercancía» y la hubiese escondido. Eso había sido faena de Lud.

Comenzamos a desayunar.

Doris me preguntó a poco, entre bocado y bocado:

—¿Por qué iba a matar a Lud la gente de Wayne?

—Wayne aborrecía a Lud de antiguo Medió Roche, fingió perdonar a cambio de que le vendiese la mercancía; pero tan pronto tuvo ésta en sus manos decidió no pagarle y vengarse.

—¿No sería que descubrió el engaño? —me preguntó.

—No. Bastaba, ver cómo, herido de gravedad, tenía aferrado el paquete de las cabezas...

—En ese caso, olvídale ya; no hubo suerte con Lud y se llevó el

secreto a la tumba. Escondidas, no pueden hacer daño...

Mi rubia quedó en el automóvil, fuera del cementerio de automóviles de Bob Reemick, o «El Duque Bob», como ustedes prefieran.

Quedó el viejo cacharro junto a un moderno «Chevrolet» del modelo «Impala». Algo soberbio, sí señor.

Es posible que su dueño estuviese con Bob. Pero no podía imaginar que hubiese ido a deshacerse de su Impala y menos aún a adquirir uno de los trastos que tenía allí «El Duque».

Penetré en el recinto propiedad de Bob y me dirigí a la cabaña.

Iba a penetrar sin llamar; pero lo pensé mejor y anuncié mi visita con unos suaves golpes aplicados con mis nudillos a la puerta.

Me pareció oír que Bob me autorizaba a entrar y entré.

Y me causó viva extrañeza el gesto de contrariedad del exhampón. Pero no fue ésa la única sorpresa, la otra la constituyó el hecho de que quién se hallaba con «El Duque» era nada menos que Allan M. Foster, hombre de negocios y político, el mismo que estaba sentado la noche anterior en la mesa del restaurante con el abogado Roche y William Wayne.

Bob, cuando pudo hablar, dijo:

—Le había pedido que aguardase fuera, señor Bakers; yo habría salido inmediatamente a atenderle...

El tono en que me habló, la actitud de ambos, fue la tercera de las sorpresas.

—Comprendo —dije—. Soy un novato... Había creído de verdad que te habías regenerado; pero me equivoqué, «Duque Bob»...

Los dos hombres se miraron. Dieron la impresión de que se ponían de acuerdo.

Y Reemick dijo:

—Sí, se equivocó...

Tomó la delantera para desenfundar una pistola.

Yo inicié un movimiento de esquiva y aproveché para tomar una silla por el respaldo y lanzarla con todas mis fuerzas.

Reemick tuvo tiempo de hacer fuego y yo percibí el zumbido del proyectil muy cerca de mí.

Casi al mismo tiempo él sentía los efectos de mi fuerza demoledora al hacer impacto la silla en su cabeza.

Fue un golpe terrible que le hizo girar a la vez que gritaba.

Soltó la pistola a causa del golpe y cayó al suelo sangrando abundantemente por una brecha que le había hecho en la cabeza.

Y me apresuré a desenfundar mi pistola sin dar tiempo a que lo hiciera Foster.

—Quietos los dos —ordené—. Quietos o les romperé un hueso a cada uno. No crean que les voy a matar.

Sobre una mesa había dinero suficiente, un dinero que Reemick estaba guardando apresuradamente cuando yo entré.

Adelanté unos pasos en dirección a los dos individuos, los cuales miraron con aprensión la boca de fuego de mi arma.

—Uno por cada lado —pidió el político.

—Con éste no vale, míster. Hemos perdido la partida...

Oí ruido de pasos. Mi rubia, al oír el disparo, acudía corriendo.

Le advertí al entrar:

—Cuidado, nena. El aire que se respira aquí es infecto. Creí que llegaba a la cabaña de un amigo, pero me encontré en una cloaca. Menos mal que ha habido suertecilla.

Poco después, tras inutilizar a los dos granujas, tenía en mis manos la «mercancía».

Parecía imposible que en cosas tan diminutas hubiese algo que podía hacer tanto daño a la humanidad.

—¿Qué vas a hacer con eso? —preguntó la rubia.

—Entregarlo a la policía competente con estos indeseables. Y que se ponga todo en claro.

—¿Has pensado en tus...?

—He pensado en mis pecadillos. Pero el fin justifica los medios. Después que lo he conseguido no estoy seguro de acertar si hago lo que había pensado. Me sinceraré y...

La rubia me abrazó.

—¿Ves cómo tienes talento? Hasta eres capaz de reconocer cuándo te equivocas...

A los dos granujas se les hacían los dientes largos. Era una gran satisfacción para mí.

Una vez todo en manos de la policía, fuimos a ver a Donna.

Había experimentado una ligera mejoría. Prometimos al médico que volveríamos.

Tres días más tarde me reconoció. Y también a Doris.

Todo iba por buen camino.

Menos para los granujas que habían quedado con vida y que tenían demasiadas cosas de las cuales responder.

Entre ellos estaba Wayne, que para desgracia suya se había salvado.

Al fin Donna fue dada de alta; pero no recordó nada de lo sucedido. Únicamente tenía la impresión de que cuando había entrado en el ascensor para subir a verme, la habían atacado, inyectándola.

Lo que había seguido era para ella una verdadera laguna en su vida.

Como había olvidado mucho de lo sucedido anteriormente. Tuvimos que conformarnos con hacer suposiciones sobre lo sucedido aquella noche, porque Wayne tampoco dijo nada, no hubo medio. Sabía que se había equivocado. Era todo.

FIN



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España • Printed in Spain



VETERANO
tiene
ESO...



un **VETERANO** SABOR!...

OSBORNE Fundada en 1772

